



revista
**SOBERANÍA
ALIMENTARIA**
BIODIVERSIDAD
y culturas

NÚM. 45
OTOÑO 2022

LA NOVIOLENCIA,
MÁS QUE MOVILIZACIÓN

COLONIZACIÓN Y SISTEMAS
ALIMENTARIOS EN ÁFRICA

DEFENDER EL TERRITORIO Y LA AGRICULTURA CAMPESINA

La revista es un espacio colectivo integrado por:

- ▶ Altur Cooperativa
- ▶ Amigos de la Tierra
- ▶ Arran de Terra SCCL
- ▶ Biela y Tierra
- ▶ Campo Adentro
- ▶ Cátedra de Agroecología Universidad de Vic
- ▶ Cátedra Tierra Ciudadana. UPV
- ▶ CERAI
- ▶ Confederación de Centros de Desarrollo Rural -COCEDER
- ▶ Colectivo Lantxurda Taldea
- ▶ Asociación El Colletero
- ▶ Commonsopolis
- ▶ Cooperativa Germinando
- ▶ Coordinación Baladre
- ▶ Cyclos S. Coop. Mad.
- ▶ Ecocentral
- ▶ Ecologistas en Acción
- ▶ El enjambre sin reina
- ▶ Entrepueblos
- ▶ Extiercol
- ▶ La Fábrica, SCCL
- ▶ Fundación Betiko
- ▶ Fundación Entretantos
- ▶ Garúa
- ▶ GRAIN
- ▶ Grupo de Investigación en Agricultura, Ganadería y Alimentación en la Globalización (ARAG-UAB)
- ▶ Grupo de Investigación en Economía Ecológica, Agroecología e Historia. UVigo
- ▶ Grupo de Estudios Juan Díaz del Moral
- ▶ Justicia Alimentaria Global
- ▶ Iniciativa Comunes
- ▶ Lonxanet
- ▶ La Magrana Vallesana
- ▶ Landare
- ▶ Menjadors ecològics
- ▶ Mugarik Gabe Nafarroa
- ▶ Mundubat
- ▶ Observatori de l'Alimentació (ODELA). UB
- ▶ Observatorio para una Cultura del Territorio
- ▶ Olistis, SCCL
- ▶ OSALA
- ▶ Postgrau de Dinamització Local Agroecològica
- ▶ Raiels SCCL
- ▶ Red Agroecológica de Lavapiés
- ▶ ReHd Mad! Red de huertos urbanos comunitarios de Madrid
- ▶ Red de Semillas
- ▶ Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras
- ▶ Sindicato Labrego Galego
- ▶ Sociedad Española de Agricultura Ecológica (SEAE)
- ▶ Terra Franca
- ▶ Universidad Rural Paulo Freire del Cerrato
- ▶ Xarxa Agroecològica d'Alcoi
- ▶ Varagaña

PORTADA

Patricia Cornellana (Sabadell, 1977). Estudió en la Escola Eina de Barcelona un posgrado en ilustración para publicaciones infantiles y juveniles. Años más tarde, estudió ilustración en la Escola de la Dona. Su trabajo se caracteriza por el uso del collage, las texturas, el sentido del humor, los pequeños detalles y el silencio. Ha autoeditado varios libros y coeditado con Editorial Próxima. En la actualidad, colabora en organizaciones de carácter social, feminista y ecologista como *La Directa*, donde también fue oordinadora, la revista *Masala* y la revista infantil *Gallipata*, de Ecologistas en Acción.

Web: www.patriciacornellana.com
Instagram: @patricia_cornellana

AGRADECIMIENTOS

Además de a las personas que han contribuido con contenidos específicos ya mencionadas en las autorías, en los testimonios y en las fuentes, queremos agradecer a quienes nos han ayudado a hacer posible este número sugiriendo contenidos, contrastando información, facilitándonos contactos o simplemente ayudándonos a aterrizarlo tal y como ha quedado: Guille Jové, David Gallar, Catro Ventos Editora, Sindicato Labrego Galego, Sergi Salvador, Connecta Natura, Nova Ruralitat, Kepa Orbe, Nuria Pascual, Manolo Bayona, Ende Gelände i Associació L'Era.

Escucha el pódcast del programa de radio *Toma la tierra* sobre este número de la revista a partir del 22 de noviembre.



Con el apoyo del Ajuntament de Barcelona



Barcelona
Capital Mundial
de l'Alimentació
Sostenible 2021

Os invitamos a que os comunicuéis con el equipo redactor (info@soberaniaalimentaria.info) y nos enviéis vuestras experiencias, sugerencias y comentarios así como aportaciones gráficas para próximos números. Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. El material aquí recogido puede ser divulgado libremente, aunque agradeceríamos que citarais la fuente.



NÚM.45 # OTOÑO 2022

COMITÉ EDITORIAL

Jeromo Aguado
Marta Rivera
Aitor Urkiola
Paul Nicholson
Isabel Vara
Uxi D. Ibarlucea
Enrique González
Laia Batalla
Héctor Castrillejo
Sergio Sánchez
Marta Soler
Violeta Aguado
Irene García Rocas
Leticia Toledo
Agustí Corominas
Henk Hobbelink
Cristóbal González
Pau Agost
Amal El Mohammadiane Tarbift
Paula Durán

EDITA



El Pa Sencer SCCL:

Patricia Dopazo
Gustavo Duch
Carles Soler
Tomàs de los Santos

CORRECCIÓN Y WEB

Eva CM

ARTE Y MAQUETACIÓN

www.mareavacia.com

DIRECCIÓN POSTAL

Carrer Casanova, 118-120, 1er B, escala dreta
08036 Barcelona

WWW.SOBERANIAALIMENTARIA.INFO
INFO@SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

Depósito Legal B-13957-2010
ISSN 2013-7567

[revistasoberaniaalimentaria](https://www.facebook.com/revistasoberaniaalimentaria)

@revistaSABC

RevistaSoberaniaAlimentaria

[revistasoberaniaalimentaria](https://www.instagram.com/revistasoberaniaalimentaria)

Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas es una publicación para el Estado español de información, debate y reflexión sobre temáticas rurales bajo una óptica política de **soberanía alimentaria**. Un instrumento de pensamiento crítico hecho por las manos y para las manos de las gentes que integran los movimientos que defienden un **mundo rural vivo**.

EDITORIAL

Responder a la violencia contra la vida 4

AMASANDO LA REALIDAD

Y ¿qué hacemos frente a la que está cayendo?

Rosa Binimelis 6

Noviolencia. Protestar y proponer

Mario López-Martínez 10

Unidad frente al agronegocio

Afsar Jafri 14

Agua, sol y guerra en Mariúpol

Grupo de estudios castellanos Abriagaño 18

Navarra: Soberanía Alimentaria permeable

Patricia Dopazo Gallego 20

«El campesinado es el plan de contingencia»

Entrevista a Morgan Ody
Revista SABC 25

DE UN VISTAZO Y MUCHAS ARISTAS

Pensar la movilización social hacia la soberanía alimentaria 30

EN PIE DE ESPIGA

Colonización, libre comercio y conflictos armados

José Ferreira Matos 35

Manifiesto Agroecología o Barbarie 39

¿Árboles que no arden?

Paula Lubián Fernández y Miguel Pardellas Santiago 43

VISITAS DE CAMPO

La urgencia de avanzar en cocinas colectivas agroecológicas

Carles Soler 47

Proyecto Malaerba

Gustavo Duch 51

PALABRA DE CAMPO

La construcción del imaginario colectivo de la mujer andaluza

Amal El Mohammadiane Tarbift 55

La fuente. Un lugar de encuentro para pobladoras 57

En tiempos de colapso: enredos

y redes, encuentros y sobremesas

Marina Pérez Pascual 58

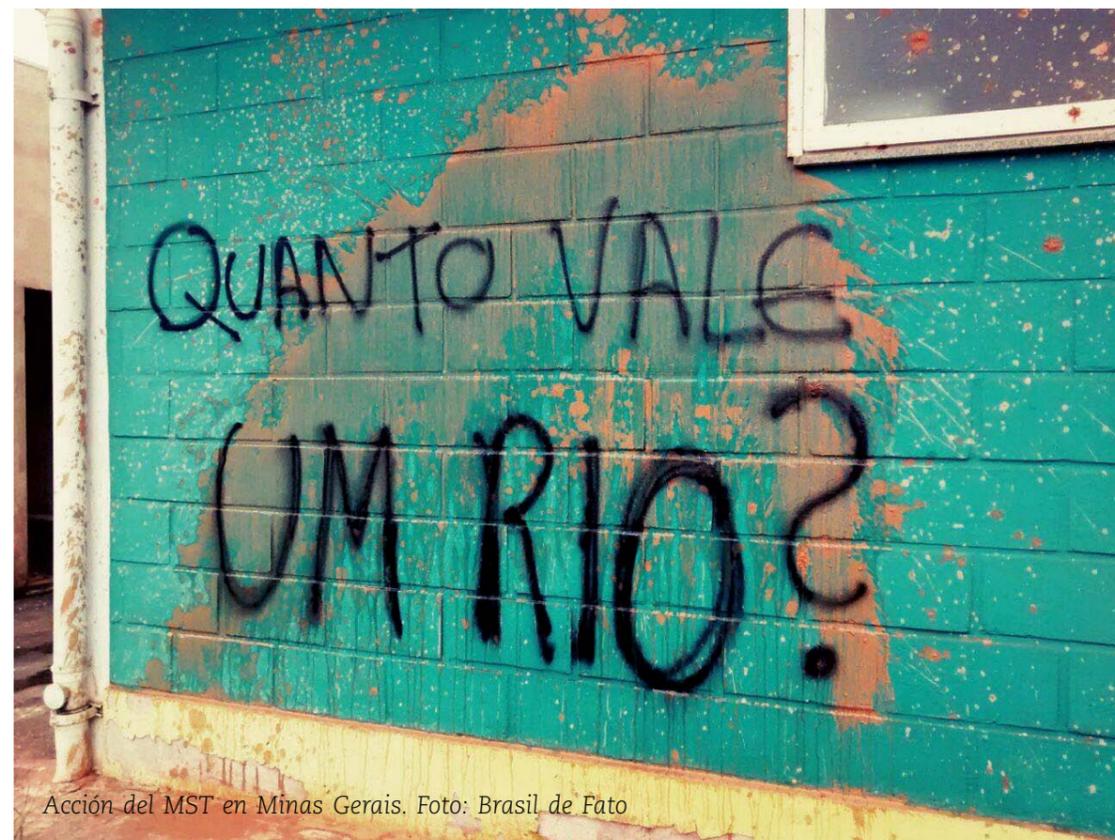
Responder a la violencia contra la vida

El libro de Andreas Malm *Cómo dinamitar un oleoducto* (Errata Naturae, 2022) interpela a los movimientos ecologistas por los pobres resultados de sus tácticas frente a la crisis climática. La metáfora (o no metáfora) del título es contundente: acabar con el origen del problema. Debido a su magnitud y a la complicidad de la clase política con sus causas, para el autor, por responsabilidad, ha llegado el momento de elevar el tono de las movilizaciones. Pero ¿qué significa eso? ¿Dónde está la línea roja? ¿Hay una estrategia acertada?

La crisis climática hace mucho tiempo que afecta al campesinado, aunque de forma desigual según el lugar que se habite. A las dificultades para vivir de la tierra que impuso la colonización, la economía capitalista y el libre mercado, se han sumado las sequías, las inundaciones, los episodios atmosféricos inesperados, como altas o bajas temperaturas, que provocan alteraciones en los ciclos naturales de pastos y cultivos o nuevas plagas. Por otro lado, en pocas décadas los sistemas de producción campesina, milenarios, han sido desplazados por la producción industrial de alimentos, dependiente de insumos y de combustibles fósiles. Un sistema

alimentario salvajemente ineficiente, frágil y generador de múltiples violencias sobre la vida; un modelo que, acechado de incertidumbres respecto a la provisión de energía y su precio, se encuentra en una grave crisis. Los impactos de esta situación llegan a todos los ámbitos y nos alcanzan más directamente que nunca. Numerosos proyectos que abastecen las redes agroecológicas y locales, esas iniciativas en resistencia que han sido referentes, se encuentran con muchas dificultades para continuar.

¿Qué hacemos frente a la que está cayendo?, se pregunta Rosa Binimelis en su artículo. ¿Cómo hacemos posible una agroecología popular y establecemos vínculos entre diferentes luchas? En Francia, la Confédération Paysanne participa en acciones directas contra la agroindustria junto a activistas sociales y climáticos. Aquí, que el sector primario se sumara abiertamente a los movimientos que defienden el territorio contra megaproyectos energéticos, mineros y especulativos supondría elevar el tono de las movilizaciones y generar alianzas imprescindibles. Alianzas que van más allá de luchas puntuales, van de entender cómo de fundamental es cuidar la tierra y el trabajo campesino. En



Acción del MST en Minas Gerais. Foto: Brasil de Fato

Navarra esto ya está sucediendo, se explica en estas páginas, pero hemos lanzado la pregunta sobre cómo nos movilizamos por la soberanía alimentaria también a personas de otros territorios, especialmente a quienes trabajan en el sector. ¿Es posible pensar en huelgas y bloqueos como los que mantuvieron durante un año cientos de miles de familias campesinas en la India, a las que se sumó gran parte de la sociedad civil? ¿Cómo se consigue luchar contra el capitalismo agroalimentario en un estado con un 4 % de población agraria activa?

En un momento como este, es inevitable mirar con esperanza a La Vía Campesina, uno de los únicos movimientos globales que han hecho frente al sistema capitalista. Morgan Ody, su nueva coordinadora, habla a partir de su experiencia de vida y activismo en el campo

francés, un contexto cercano al nuestro en el que también encontramos el auge de la extrema derecha y de las actitudes de odio. Para ella, la mejor manera de prepararse para el futuro es construir un sentimiento de solidaridad y no de miedo, solo así se podrá avanzar hacia un futuro de autoorganización, apoyo mutuo, autonomía y buen vivir.

Entonces, es hora de responder a las violencias contra la vida. Cómo nos organicemos tendrá que decidirse en cada lugar y según su realidad; los métodos de la no violencia nos ofrecen posibilidades infinitas para conseguir resultados. No puede seguir pavimentándose la tierra fértil y contaminándose el agua; no pueden seguir perdiéndose los saberes fundamentales que nos vinculan al territorio. Nuestro plan de contingencia es el campesinado. ●

Rosa Binimelis

Y ¿qué hacemos frente a la que está cayendo?

La actual crisis multidimensional nos genera una sensación colectiva de impotencia; pero, al mismo tiempo, la convicción y la esperanza de que hay que pasar —o volver— a la acción. ¿Cómo tejemos las alianzas necesarias para hacerlo posible? En este artículo planteamos algunos retos y experiencias.

En las últimas décadas, el paradigma neoliberal ha normalizado la privatización de los servicios públicos y la mercantilización de los bienes comunes, la especulación con los derechos básicos (como la alimentación o el agua) y la individualización de las responsabilidades colectivas, como la garantía del derecho a la alimentación; a una alimentación sana y apropiada. Mientras tanto, el paquete tecnológico (y mental) de la modernización agraria ha hecho que la alimentación evolucione desde un recurso esencialmente local, básico para la supervivencia, hacia una mercancía que entra dentro de la cadena de suministros global, ha desplazado al pequeño campesinado, así como también a la pequeña elaboración y el comercio local, y ha multiplicado los impactos derivados de la producción agroindustrial.

Este modelo agroindustrial de producción también ha generado grandes desigualdades en las zonas rurales. Mientras las grandes llanuras de regadío se transforman en polígonos agrícolas, en el resto de los territorios rurales se produce un abandono de la tierra y un despoblamiento progresivo hacia las grandes ciudades o capitales de comarca por falta de oportunidades y difícil acceso a los servicios públicos, entre otros factores. Quienes producen mucho cobran poco porque están bajo las directrices del mercado internacional, siempre a la baja, y quienes están al margen tienen más dificultades que nunca para hacer

viabiles las fincas. En los últimos 20 años la renta agraria no ha aumentado, mientras que el costo de la vida y los costos de producción están en escalada. No es de extrañar, pues, que actualmente la población ocupada en agricultura sea de menos del 1,5 % de la población activa en lugares como Catalunya. Según el censo agrario de 2020 recientemente publicado, en los últimos 10 años, en Catalunya han desaparecido más de 5.800 proyectos agrícolas (unos 10 a la semana) y el 41 % de las explotaciones son de personas de más de 65 años.

Un estudio publicado recientemente¹ afirma que en el Estado español más de seis millones de personas sufren pobreza alimentaria; es decir, un 13,3 % de hogares no tienen una dieta adecuada, en cantidad y calidad, por falta de recursos. El informe también recoge que el 10,7 % de la población recibe algún tipo de ayuda, bien sea de redes familiares, comunitarias, administraciones (como las becas comedor o tarjetas monedero) o de entidades sociales.

Nos encontramos en una encrucijada: aunque vislumbramos y claramente compartimos la urgencia de la situación, sabemos que no

1. Moragues-Faus, Ana y Magaña-González, Claudia R. (2022). *Alimentando un futuro sostenible: Estudio sobre la inseguridad alimentaria en hogares españoles antes y durante la COVID-19*. Informe del proyecto "Alimentando un futuro sostenible", Universidad de Barcelona, financiado por la Fundación Daniel y Nina Carasso. Barcelona.



Acción de Ende Gelände. Bloqueo de las obras de construcción de la terminal de gas natural licuado en Wilhelmshaven (Alemania) en agosto de 2022. Foto: Fabian Steffens

contamos con el músculo para implementar la transformación necesaria que ponga realmente la vida en el centro del sistema alimentario. Necesitamos que el campesinado esté en el núcleo, pero al mismo tiempo somos conscientes de que es un colectivo cada vez más reducido, altamente envejecido y a menudo poco entendido en un contexto mayoritariamente urbanocéntrico. ¿Por dónde empezamos?

Respuesta sistémica

En primer lugar, hay tener en cuenta que los impactos que padecemos no son anomalías del sistema, sino que forman parte de la misma dinámica capitalista. Tienen raíces estructurales en un sistema socioeconómico que pretende crecer indefinidamente en un planeta con límites físicos ya traspasados y que, además, reparte de forma injusta las consecuencias mientras permite la especulación con derechos básicos como la alimentación. Por tanto, tenemos que organizarnos y movilizarnos también sistémicamente.

Sabemos que existen muchas iniciativas nuevas y proyectos consolidados que tienen como objetivo transformar el sistema alimentario, pero nos encontramos en período de marea baja y con una falta de capacidad de coordinación que no nos permite construirnos como sujeto político organizado. Gran parte del poder social de las empresas transnacionales consiste precisamente

en transformar la sociedad para su propio beneficio, normalizando e invisibilizando los impactos del sistema agroindustrial y destruyendo las vías de responsabilización colectiva, comunitaria o pública de las necesidades sociales. De hecho, los mismos estados acompañan este proceso de desplazamiento de poder hacia actores privados y supraestatales, con fondos públicos destinados a salvar o sostener determinados sectores económicos (con el ejemplo paradigmático de las macrogranjas y la industria porcina) y no a recuperar estructuras de provisión y distribución que garanticen el derecho a la alimentación. Así, un primer punto fundamental es centrarnos en crear —y demandar— sistemas de abastecimiento colectivo que cubran las necesidades básicas de la población.

En este sentido, es importante recordar que desde hace décadas se están produciendo okupaciones de tierras, como en el caso ya histórico de Gallecs (Catalunya) que intentan rescatarlas de la especulación, pero también okupaciones de pueblos deshabitados como Fraguas (Guadalajara), ahora con un caso judicial abierto, Lakabe (Navarra) o muchos otros. También cabe destacar proyectos de bancos de tierras agroecológicas como el que promueve la Red Terrae o la Asociación Terra Franca, inspirada en el proyecto francés Terre de liens, nacido en 2003 de la convergencia de varios movimientos que vinculan la

Un punto fundamental es crear sistemas de abastecimiento colectivo que cubran las necesidades básicas de la población.

educación popular, la agricultura orgánica y biodinámica, las finanzas éticas, la economía solidaria y el desarrollo rural, que considera el acceso a la tierra como un problema social. También existe una red importante de proyectos de recuperación de semillas y la cultura que representan, coordinados en la Red estatal de Semillas «Resembrando e Intercambiando», muchos de ellos asociados en el pasado a luchas que incluían acciones directas contra los transgénicos, por ejemplo.

Bienes comunes, infraestructuras compartidas, corresponsabilidad

Aunque, a menudo, cuando nos referimos a bienes comunitarios, pensamos en el acceso a la tierra o en los bosques comunales, la lucha por las infraestructuras agrarias compartidas es fundamental, y se están consiguiendo logros importantes. No hay que olvidar que muchas de estas infraestructuras, como mataderos, molinos, hornos, pozos o la construcción de canalizaciones, en el pasado, fueron compartidas. En la actualidad, destaca la proliferación de obradores compartidos, unas instalaciones que se están mostrando esenciales para favorecer la viabilidad de pequeños proyectos agroecológicos. Intentando ir más allá, surgen iniciativas que buscan promover redes de logística cooperativas con criterios agroecológicos y de economía social.² Es el caso de Alterbanc,

una red entre el campesinado agroecológico y redes de ayuda mutua para garantizar conjuntamente la alimentación de familias en situación de vulnerabilidad. Lejos quedan, no obstante, ejemplos como el de la Unión de Trabajadores de la Tierra en Argentina, que agrupa a 22.000 familias campesinas agroecológicas y que está al frente del Mercado Central de Buenos Aires, el principal mercado de abastos del país y uno de los más importantes de América Latina.

Por otra parte, nos enfrentamos al reto de construir un relato compartido para despedazar el imaginario impuesto por las grandes corporaciones. Hay muchos ejemplos de experiencias que avanzan en una lucha de David contra Goliat, pero no ignoramos que la agroindustria hace un esfuerzo permanente para mantener bajo control las alternativas. Una de las tácticas habituales es la de la cooptación del relato y la proliferación de palabras como *verde*, *ecológico* o *de proximidad* para reducir su fuerza transformadora en un puro concepto de márketing. Necesitamos apoyo mutuo y tejer redes más sólidas con movimientos sociales urbanos y rurales para escalar, pero también para poder construir proyectos de producción y consumo viables ecológica, económica y socialmente. Tomemos consciencia de que hace falta reequilibrar el urbanocentrismo y dejar de utilizar los territorios rurales como una matriz de recursos desde donde satisfacer las demandas de las ciudades. Prioricemos las redes locales y la territorialización de los sistemas agrarios locales y corresponsabilicémonos, sobre todo las ciudades, en la tarea central de producir alimentos: articulando circuitos cortos de comercialización, mancomunando recursos de producción, distribución y consumo, reapropiándonos del patrimonio y conservándolo, y fortaleciendo las economías comunitarias. Sigamos creando infraestructuras agrarias que revaloricen la cultura y la vida agraria y rural para recuperar colectivamente el poder de decidir sobre la alimentación.

Al mismo tiempo, no podemos ignorar la progresiva precarización de la vida. ¿Cómo hacemos posible una agroecología popular y establecemos vínculos entre diferentes luchas de forma transversal?

alimentarias locales de Catalunya y proyectos de distribución agroecológica.



Manifestación de Ende Gelände tras el bloqueo del puerto de Hamburgo, punto de transbordo de materias primas fósiles como el petróleo y el carbón. Agosto de 2022. Foto: Channah Peepovicz

Reactivar las luchas

Existen cada vez más comunidades que están intentando crear también vínculos de apoyo mutuo y que abarcan diferentes aspectos de la vida. Así, cada vez hay una red más sólida de comunidades, en gran medida vinculadas a la okupación rural o, más recientemente, también a las cooperativas de viviendas en cesión de uso y comunidades intencionales rurales o periurbanas. Además, existen numerosas redes locales que están ampliándose con nuevos agentes y miradas para abordar de forma conjunta cómo cubrir sus necesidades partiendo de recursos y conocimientos locales. Destacan proyectos como, por ejemplo, Territori de vincles (Territorio de vínculos), en la Vall del Corb en Catalunya, «que agrupa iniciativas para impulsar el repoblamiento rural, la adaptación al cambio climático y la creación de nuevas oportunidades de vida entendidas de forma amplia: vivienda, trabajo, comunidad y paisaje». También la recién creada Fundación Emprius, que busca promover los comunales en el espacio rural mediante la cesión de viviendas a cooperativas, la producción agrícola colaborativa y las herramientas de producción compartidas. En espacios que conectan lo urbano con lo rural, encontramos proyectos como Construint Malilla, en València, que se define como un sindicato de barrio y que aúna luchas por la vivienda digna, la recuperación de espacios en desuso como centro social del barrio con una red de alimentos, entre muchos otros.

En este camino de vincular luchas y crear un relato compartido frente a la precariedad destacan movimientos sociales que promueven las acciones directas como estrategia para ganar visibilidad, pero también para ir ganando terreno. En este sentido, es importante ser conscientes de

que necesitamos planificar la transformación y de que hay demandas que tienen más posibilidades de alcanzarse a corto plazo, por lo tanto, pueden también allanar el camino para otras más profundas. Tal y como afirman Bregolat y Lallana en un reciente artículo en El Salto, hacen falta «demandas ampliamente comprendidas y compartidas por mayorías sociales, que en momentos determinados de crisis pueden dar el paso a involucrarse en la movilización de masas. Será a través de las experiencias concretas de lucha donde se construya el sujeto político con unas mínimas posibilidades de enfrentarse a las dinámicas capitalistas que nos han traído a la situación actual». Es la estrategia de las compañeras zapatistas, en sus conocidas demandas. Y también es esta la estrategia seguida por movimientos como Enough is enough o ACORN en el Reino Unido, que agrupan organizaciones comunitarias y sindicatos y promueven acciones directas para conseguir una serie de demandas como el trabajo digno y el incremento del salario mínimo, el acceso a una vivienda apropiada, medidas contra la pobreza energética y por la nacionalización de las compañías energéticas, más impuestos a las personas más ricas, así como a los beneficios de las grandes empresas y para luchar contra pobreza alimentaria con medidas.

¿Seremos capaces de ponernos de acuerdo en unas demandas clave y de carácter urgente que nos permitan crear las alianzas necesarias? Teniendo en cuenta el alto grado de profundidad y la amplitud de los cambios necesarios, nos hará falta actuar con toda la contundencia e inteligencia colectiva.

Rosa Binimelis

2. Existen proyectos ya con cierto grado de consolidación como Madrid Km0, Ekoalde, Vallaecolid o Rutes Compartides, entre otros, así como proyectos como Einateca, que pretende apoyar a la creación de herramientas colectivas para las redes

Mario López-Martínez

NOVIOLENCIA PROTESTAR Y PROPONER

La noviolencia sigue bastante estigmatizada. Incluso en muchos lugares se escribe aún como 'no violencia', como si solo significase la crítica, el rechazo, la deslegitimación o la negación a usar la violencia. Y noviolencia es mucho más que objetar la violencia. Se ha dicho de ella que es reformista, consentidora, utópica, impotente, pasiva, ingenua, ineficaz e, incluso, impracticable. Han sido juicios demasiados precipitados y, algunos, incluso malintencionados. También se identifica con un conjunto de técnicas, métodos y formas de intervención en conflictos; ciertamente puede ser esto, pero, aun así, es mucho más.

En un mundo tan complejo e interrelacionado como el que nos ha tocado vivir, la ciudadanía ha de saber manejar, gestionar y transformar los conflictos (componente sustantivo de vivir y de cómo vivir en sociedad) porque forman parte de la vida comunitaria. También se descubre que, cuando intervenimos en ellos, de algún modo hemos de elegir la manera (medios) en que lo hacemos y, al pensarlo detenidamente, nos hemos de dar cuenta de que solo somos decisores de los medios a elegir, pero difícilmente somos los dueños de los fines que pretendemos alcanzar. Podemos tener certeza en la elección de los medios, pero no tenemos seguridad plena de alcanzar nuestros objetivos.

De esta manera, los medios nos definen, nos sitúan en un plano ético-político y dicen mucho de cómo somos y de cómo tratamos a los demás. Puesto que estamos en sociedades con múltiples reglas y normas, estas afectan a nuestras elecciones y decisiones. Y las instituciones, estructuras y procesos en los que nos vemos envueltos están repletos de medios que podemos ignorar o aprovechar.

En los conflictos, conocer el listado de medios a nuestra disposición y saber de su naturaleza nos puede ayudar a conseguir nuestros fines. Veamos.

Vida y conflicto

En nuestras sociedades existen los medios del Estado de derecho. Una de sus características es que están muy reglados, normativizados e institucionalizados. Son un sistema de garantías que nos conducen a resolver los conflictos por la vía judicial y administrativa. Sin embargo, son complejos, son para expertos. Cuando funcionan, nos ofrecen una sensación de seguridad, de vivir protegidos; pero, cuando no, nos sentimos muy desvalidos. Y son tan profesionalizados que, en muchas ocasiones, no entendemos bien sus procedimientos.

También tenemos, ante los conflictos, los métodos político-democráticos. Usados para hacernos más llevadera la vida política y comunitaria. Con sistemas de elecciones, partidos, sindicatos, asociaciones, formas de cabildo, etc., que pretenden ayudar a que se resuelvan litigios mediante el debate, la votación y el acuerdo. Cuando funcionan, nos



Manifestación en el encuentro internacional de la Marcha Mundial de Mujeres de São Paulo en 2013. Foto: Rafael Stedile

Escuelas de alfabetización campesina del Movimiento Sin Tierra (MST) en Maranhão, Brasil. Foto: Leonardo Milano/Mídia Ninja ▶



sentimos copartícipes de las tomas de decisiones; pero, cuando no, los vemos como un lugar lejano para que medren y se beneficien unos pocos.

Asimismo, están los métodos alternativos de conflictos. Son complementarios de los dos anteriores, nos evitan tener que ir a los tribunales y pueden resultar más veloces y económicos para resolver problemas. La mediación es vehículo que comunica a partes distanciadas; la conciliación salva conflictos de suma-cero; el arbitraje permite ofrecer una solución vinculante; la negociación equilibra la gran distancia entre litigantes. Cuando funcionan, todos ganan y la sensación es haber llegado a un compromiso.

No podemos olvidar los métodos violentos. Son o pueden ser brutales, crueles, inhumanos, degradantes y generan daños físicos y psicológicos. Existen. Producen pérdidas, consecuencias emocionales, fuerte desgaste y catapultan las pasiones de manera desmedida. No obstante, muchos actores los usan tanto para mantener un orden como para alterarlo. Dan la sensación de que pueden desatascar un conflicto e, incluso, solucionarlo por la vía de imponerse una parte a la otra. Sin embargo, también sabemos que tienen muchísimas contraindicaciones y consecuencias no queridas. Son los medios que más difícilmente podemos controlar, puesto que no se ajustan a los principios de falibilidad o de reversibilidad. Quien emplea la violencia se cree en la verdad y muchos de los daños que causa no se pueden restituir.

Y, finalmente, están los métodos no violentos, aquellos que pretenden humanizar las relaciones entre los litigantes, mantienen la mano tendida y respetan la diferencia con el adversario. Importante: son los métodos más habituales usados por la gente corriente, por los movimientos sociales, por las ONG, por múltiples asociaciones de la sociedad civil que lucha por sus derechos, contra las injusticias o para proteger una vida mejor. Están poco o nada normativizados, se adaptan a las circunstancias y suelen ser muy creativos. Pero van más allá de los métodos anteriores, pues quieren ser provocadores, disruptivos y desafiantes para hacer visibles conflictos latentes y poner sobre la mesa las injusticias ocultas o silenciadas. Siguiendo la clasificación de Gene Sharp comienzan con la persuasión, la concienciación y la protesta (marchas, peticiones, asambleas, vigilias, recogida de firmas...), luego avanzan hacia formas de no-cooperación política, social y económica (boicots, huelgas, obstrucciones, desobediencia social...) y, cuando los conflictos se agudizan, llegan a la acción directa (huelga de hambre, hostigamiento, contrajuicios, desobediencia civil, instituciones paralelas...). En este punto no son solo métodos de intervención en conflictos, sino que llegan a proponer otra manera de vivir en el mundo y de cosmovisión de la vida.

Las ciencias sociales, en general, no han ayudado mucho a mostrar la credibilidad de la noviolencia (no solo en términos de eficacia política) de

La noviolencia quiere ser provocadora, disruptiva y desafiante para hacer visibles conflictos latentes e injusticias ocultas o silenciadas.

acuerdo con patrones críticos con las muchas formas de violencia. Hay que desvelar que vivir bajo la sombría ley de la violencia, aunque muchas veces se le nombre con formas menos desagradables (defensa, seguridad, justicia, guerra justa, mercado global, guerras humanitarias, lucha contra el terrorismo, etc.), significa perderse un mundo amplio de formas y soluciones creativas de entendernos y vivir sin perder la dignidad, buscando la justicia y eligiendo la fuerza de la vida.

La noviolencia, mucho más que una palanca de movilización

La crisis financiera y económica de 2010, la pandemia de 2020 y la guerra en Ucrania de 2022 han podido aturdir a muchos movimientos sociales, pero no noquearlos. De hecho, los últimos estudios¹ señalan que, entre 2006 y 2020, ha habido más de 3.000 levantamientos ciudadanos en 101 países. La primera conclusión es que los ciudadanos del mundo están cada día más movilizados. Y, además, en los últimos 15 años ha habido más de medio centenar de manifestaciones con más de un millón de personas cada una, con demandas razonables, más democracia, menos corrupción y más respeto a los derechos humanos. Así, de manera aparente, no vemos conexión entre una huelga de transporte por la carestía de los combustibles fósiles, la ocupación de tierras en Brasil por el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra, las movilizaciones feministas del #MeToo en medio mundo, el activismo juvenil en los Fridays for Future o los movimientos

estudiantiles en Chile, México y Colombia. Es cierto, es complicado hilvanar fino para reconocer que son fuerzas que ponen en contradicción la marcha de la globalización neoliberal, la supervivencia del sistema patriarcal de dominación y la incapacidad de los estados para resolver problemas que van más allá de sus soberanías. En este sentido, la noviolencia puede verse como una palanca que permite mover a los movimientos sociales, pero en realidad es mucho más, puesto que tras esa palabra se encierran múltiples experiencias alternativas de vivir y criticar la civilización capitalista.

Otra manera de ver ese activismo de las últimas décadas es la dimensión sistemática, estratégica y de masas de la resistencia civil, por ejemplo, en un período mucho más amplio. Así pues, las campañas de resistencia civil estratégica permiten análisis teóricos, pero, también, aplicaciones prácticas y lecciones de gran interés sobre cómo es la movilización colectiva en procesos de globalización. Por ejemplo, nos está permitiendo cambiar el sentido de las revoluciones y los cambios profundos, ya no sujetos a reclamar justicia con el cañón de un fusil, sino con métodos no armados. Hablamos de formas de rebeldía aplicadas a situaciones de injusticia de amplio espectro, desde la contención de grandes proyectos extractivos de empresas transnacionales, pasando por situaciones de discriminación racial, religiosa y de género, así como luchas por la tierra y la preservación de áreas naturales, hasta desafíos a regímenes dictatoriales o fraudes electorales, y no pocas movilizaciones contra políticas neoliberales o procesos de globalización que trastocan el mantenimiento de una «economía moral» en muchas comunidades que sienten sus formas de vida amenazadas.

Y, en el terreno práctico, estas formas de resistencia civil constituyen un reto estratégico y logístico para las acciones y los repertorios de acción colectiva no violenta. Implican un ejercicio del poder que combina un conocimiento de los métodos, las situaciones y las dinámicas para romper las asimetrías de poder entre los resistentes y sus oponentes, entre los que se encuentra la maquinaria de muchos Estados. Han de manejar factores y variables muy diversos en los que las poblaciones aprenden a manejar el miedo, perseverar frente a múltiples obstáculos, practicar la resiliencia para encarar las adversidades o desafiar la represión. Mientras se movilizan, aprenden y generan tejido social y espacios de confianza, y socializan experiencias.

1. Ortiz, I., Burke, S., Berrada, M. and Cortes, H. 2022. *World Protests: A Study of Key Protest Issues in the 21st Century*. New York: Palgrave MacMillan, IPD Columbia University, Friedrich-Ebert-Stiftung. Mapa disponible en worldprotests.org

La violencia institucional

La violencia popular está en retroceso, aunque, paradójicamente, la violencia institucional está desbocada, con un gasto mundial de seguridad y defensa, en el año en curso, de dos billones de dólares, el más alto de la historia de la humanidad. En este sentido, no podemos olvidar que la noviolencia ha vehiculado las muchas protestas pacifistas que, históricamente, se han expresado contra el militarismo, el belicismo y el armamentismo (singularmente las armas de destrucción masiva). La guerra es un gran negocio, pero no para las clases populares. Las armas resuelven conflictos, pero a favor de los poderosos para seguir defendiendo sus privilegios.

Transformar las relaciones de dominación

Pero, tal y como hemos dicho más arriba, la noviolencia es mucho más que métodos, es decir, es mucho más que protestar. La noviolencia es proponer. Apela a la dimensión moral de los seres humanos. Es el arte de no dejarse deshumanizar. Pretende transformar las relaciones de dominación y de dependencia por otras de solidaridad, ayuda mutua, autogestión e interdependencia. La idea es crear instituciones, estructuras, procesos de socialización y educación que liberen a los seres humanos de la sumisión y la cosificación. Evidentemente, y en términos económicos, apuesta por maximizar las satisfacciones humanas por medio de un modelo óptimo de consumo que tiende hacia la «simplicidad voluntaria», al contrario que el capitalismo, que persigue optimizar los beneficios sin importarle el consumo desmedido, el gasto energético y la obsolescencia material. Como dijera Gandhi, la noviolencia propone un programa constructivo basado en la autosuficiencia, la economía de lo cercano, producir para el bienestar de todos, especialmente de los más vulnerables y necesitados. La noviolencia apuesta por múltiples formas de consumo justo, cooperación entre productores y consumidores, la extensión de prácticas social-comunitarias y la valorización de la ayuda mutua no mediada por el dinero.

En el pasado, en ese gran laboratorio de experiencias que es la historia, hemos podido comprobar cómo eran los sistemas de producción artesanal, familiar e indígena, y las formas de control de la producción por los propios trabajadores, las redes de solidaridad comunitaria o las formas locales de producción. Y seguimos comprobando cómo, actualmente, las personas se las arreglan para seguir manteniendo espacios de libertad y de decisión fuera de las fuerzas y las relaciones de producción capitalista. De manera que formas de trueque, intercambio del tiempo, permacultura, decrecimiento, economía de comunión, formas de agricultura no capitalista, consumo responsable, tiendas de comercio justo, medicinas alternativas, fármacos naturales, sistemas monetarios locales, defensa de territorios de alto valor ecológico, cooperativas de distribución y consumo, y un largo etcétera, pueden acabar siendo un nicho que nos dé seguridad y cobijo no solo frente a un mundo despiadado, sino que sean las semillas de otra manera de vivir sobre la tierra. ●

Mario López-Martínez

Catedrático de Historia contemporánea e
irenólogo del Instituto de la paz y los conflictos
(Universidad de Granada)
mariol@ugr.es

Esta bibliografía es de libre acceso en internet. Podréis disponer de los enlaces a los PDF en la versión web de este artículo.

- Castañar Pérez, Jesús (2013). *Teoría e historia de la revolución no violenta*. Barcelona, Ed. Virus.
- Chenoweth, Erica y Stephan, María (2008). «¿Por qué la resistencia civil funciona?», en *International Security*, Vol. 33, No. 1, pp. 7-44.
- López Martínez, Mario (2012). *Noviolencia. Teoría, acción política y experiencias*. Granada, Educatori.
- López Martínez, Mario (2012). *Ni paz ni guerra, sino todo lo contrario*. Granada, Educatori.
- Martin, Brian (2001). *Technology for nonviolent struggle*, Londres, War Resisters' International.



Afsar Jafri

Unidad frente al agronegocio

ÉXITOS Y FRACASOS DE LA PROTESTA CAMPESINA MÁS MULTITUDINARIA Y PROLONGADA DE LA INDIA

El 9 de diciembre de 2021, miles de personas campesinas que protestaban en las fronteras de Delhi desconvocaron (más bien suspendieron) su histórica movilización de 378 días y comenzaron a regresar a sus hogares después de que el Gobierno de la India accediera a cumplir sus demandas.

Pocos días antes, el 2 de diciembre, el gobierno había derogado las tres polémicas leyes agrícolas que dieron origen a las protestas y que introducían reformas favorables a las empresas. Además, el gobierno aceptó el resto de demandas de los agricultores: (i) retirar las denuncias contra los manifestantes, (ii) compensar a las familias de los agricultores agitadores (alrededor de 702) que murieron durante la protesta, (iii) eliminar la responsabilidad penal en los casos de quema de rastrojos, (iv) no presentar el proyecto de ley de enmienda de la electricidad en el Parlamento hasta haber debatido sus disposiciones con los agricultores afectados, (v) crear un comité para discutir la promulgación de una ley que asegure la garantía legal del precio mínimo de apoyo (MSP, por sus siglas en inglés) para los productos agrícolas (vi) y, por último, que la política actual sobre el MSP y su adquisición en el país continúe como hasta ahora.

Hasta la fecha, la mayoría de estas promesas no se han cumplido y el campesinado está planeando movilizarse de nuevo no solo para recordar al gobierno sus promesas, sino también para hacer constar su indignación contra la creciente

penuria económica y agraria del país. El 22 de agosto de 2022, miles de personas campesinas de diferentes estados se reunieron en el corazón de Delhi para manifestarse pacíficamente. El 2 de octubre de 2022, otro grupo se reunió en la puerta de Delhi, en la frontera entre Delhi y Uttar Pradesh, para exigir que el gobierno cumpliera sus promesas y para rendir homenaje a los agricultores que murieron durante la agitación. Sin embargo, uno de los objetivos principales de estas movilizaciones puntuales era lograr que todas las facciones del Samyukt Kisan Morcha (Frente Unido de Agricultores) volvieran a encontrarse.

Una movilización campesina sin precedentes

¿Por qué y cómo comenzó esta histórica protesta? Aprovechando la pandemia del COVID-19 y el confinamiento, el gobierno de la India promulgó el 5 de junio de 2020 tres ordenanzas que entraron en vigor el mismo día e introdujeron cambios fundamentales en el sistema de comercialización agrícola de la India. A pesar de que la agricultura es una cuestión de Estado según la Constitución india, no se consultó a los gobiernos



Agricultoras de la organización campesina BKU Ekta Ugrahan (Punjab) en la frontera Tikri-Bahadurgarh en los primeros días de protesta en Delhi (enero de 2021). El amarillo simboliza los campos de mostaza. Foto: Nawaz Hassan, LVC South Asia

de los estados ni se debatió con ninguno de los sindicatos agrarios. En septiembre de 2020, estas ordenanzas se convirtieron en proyectos de ley en el Parlamento, recibieron la aprobación presidencial y el Punjab fue testigo de un levantamiento campesino que posteriormente se extendió por todo el país. Los agricultores emprendieron una marcha desde Punjab, Haryana y Uttar Pradesh hacia Delhi y, desde el 26 de noviembre, formaron piquetes en las principales carreteras, dando inicio a una protesta campesina sin precedentes en la India moderna.

Para impedir la entrada de las marchas en Delhi, se utilizaron cañones de agua y gases lacrimógenos, se cavaron barricadas, se levantaron alambres de espino y vallas, se colocaron clavos de hierro y sacos de arena y se estacionaron autobuses y grandes contenedores de carga para bloquear las carreteras. Más tarde, a estos manifestantes se les unieron agricultores de toda la India, por encima de las diferencias religiosas e ideológicas; marxistas y centristas, socialistas y defensores del libre mercado, partidarios de la agricultura comercial y de la agricultura sostenible, además de personas de casi todos los sectores de la sociedad —sindicatos, activistas, estudiantes, abogados, obreros, transportistas, asociaciones de

mujeres, ecologistas, científicos, actores, deportistas...— mostraron su apoyo a la huelga.

Las muestras de apoyo no solo provenían del ámbito nacional, sino también de organizaciones internacionales como La Vía Campesina, el Movimiento dos Trabalhadores Sem Terra de Brasil, la Federación Sindical Mundial, la Internacional Sindical de la Agricultura..., así como muchas personalidades destacadas, como Justin Trudeau, Jeremy Corbyn, Noam Chomsky, la cantante Rihanna o la activista contra el cambio climático Greta Thunberg, que expresaron su preocupación por la respuesta del gobierno a las manifestaciones.

Leyes para acabar con el campesinado

Más de un millón de campesinos, mujeres y hombres, acamparon día y noche en las carreteras de alquitrán o durmieron en refugios improvisados en los remolques de los tractores, en medio del frío intenso y en plena pandemia. Frente a represiones policiales de todo tipo y ante las tergiversaciones de los medios de comunicación y de los dirigentes del partido en el poder, estas familias campesinas humildes con pequeñas propiedades (el 86 % de los agricultores indios poseen menos de 2 hectáreas de tierra) consiguieron



Agricultores de Uttar Pradesh en la frontera de Ghazipur.
Foto: Nawaz Hassan, LVC South Asia

exponer al mundo el entramado que se teje entre las empresas agrícolas y el gobierno, con tres leyes concebidas para beneficiar a las grandes corporaciones agrícolas de la India. A pesar de que el gobierno se vanagloria de que India es la economía con el crecimiento más rápido, lo cierto es que uno de cada dos agricultores del país está endeudado y la media de ingresos mensuales por hogar agrícola (con una media de 5 personas) es inferior a 6426 rupias (menos de 80 dólares estadounidenses), mientras que sus gastos ascienden a 6.223 rupias. La oposición a las leyes agrarias era una cuestión de vida o muerte para estas familias, ya que casi el 50 % de los 1.300 millones de habitantes de la India dependen de la agricultura y de trabajos relacionados con ella.

El campesinado se opuso a las tres leyes por considerarlas parte del plan capitalista del gobierno para dejar la agricultura en manos de las grandes empresas. Por ejemplo, la Ley de Promoción y Facilitación del Comercio de Productos Agrícolas (Farmers' Produce Trade and Commerce) de 2020 pretendía desregular el mercado agrícola y facilitar el comercio de productos fuera de los límites físicos de los comités de mercados de productos agrícolas de gestión pública (APMC o mandis¹), promoviendo mercados privados no regulados, en los que no se aplicaría el mecanismo de control de precios. Esta

1. El mandi es un sistema de mercado dependiente de los estados indios. En estos mercados los agricultores venden sus productos de forma directa, generalmente mediante subasta, pero con un «precio mínimo de apoyo» (MSP).

ley permitía a cualquier persona con una tarjeta de identidad oficial (PAN) establecer y operar una plataforma de comercio y transacciones electrónicas para comerciar con productos agrícolas.

El campesinado también temía que se suprimiera el MSP y, por tanto, exigieron que el gobierno central lo convierta en un derecho legal para que productores y productoras obtengan un precio justo por su género y no acaben sufriendo la explotación de comerciantes privados y empresas minoristas a causa de la fluctuación de los precios. El estado de Bihar abolió el sistema APMC en 2006 y desde entonces ha experimentado la desregulación del sistema APMC, ya que generalmente el campesinado vende sus productos por debajo del MSP.

Además de a la gente del campo, la nueva ley habría afectado a los miles de personas empleadas y funcionarias que se encargan del pesaje, el envasado, la limpieza, la carga, la descarga y la subasta de las cosechas agrícolas en los centros APMC, que también protestaron contra esta legislación por temor a perder su medio de vida.

La segunda legislación a la que se opuso el campesinado era la Ley de Acuerdo de Garantía de Precios y Servicios Agrícolas de los Agricultores (Empowerment and Protection), de 2020, que facilitaba un marco legal para la agricultura por contrato. Algunos estados indios ya practican la agricultura contractual, pero la nueva ley presentaba un modelo a escala nacional que facilitaba acuerdos agrícolas con empresas y grandes comerciantes minoristas para la venta a un precio preestablecido por ambas partes. Los

manifestantes alegaron que esta ley favorecía el control empresarial sobre la agricultura india.

Y la tercera normativa que se rebatía era la Ley de Productos Esenciales (Enmienda) de 2020, que pretendía legalizar el acaparamiento de productos agrícolas eliminando los alimentos de la categoría de productos esenciales. Durante la pandemia de covid-19, fuimos testigos de cómo los grandes distribuidores obtenían enormes beneficios a través del comercio electrónico. De haber estado vigente, esta ley les habría proporcionado aún más facilidades para acaparar productos alimentarios esenciales.

Independientemente de la cantidad de días en que estas tres leyes estuvieron en vigor antes de ser revocadas, el impacto aún es visible en algunos mandis. Por ejemplo, en Karnataka, hay una caída del 70 % en el volumen de entradas, mientras que en Maharashtra, se reducen de 214,7 millones de quintales en 2019-2020 a 174,9 millones en 2020-2021. Esta enorme diferencia también demuestra que las transacciones que tienen lugar fuera de los mandis no se notifican ni hay ningún mecanismo que las registre, lo que ocasiona la pérdida de ingresos para estos mercados locales. En Gujarat, varios mandis han cerrado o están a punto de hacerlo debido a la caída de la recaudación de impuestos, lo que pone a unos 3000 empleados al borde del despido.

¿A qué se debe esto? Varios estados como Himachal Pradesh, Uttarakhand, Karnataka, Gujarat, Uttar Pradesh, Madhya Pradesh y Tamil Nadu aplicaron las leyes estatales en 2020-21 con la intención de abrir el mercado a los comerciantes privados. Aunque el gobierno central derogó posteriormente las tres leyes, estas siguieron en vigor en estos estados y acabaron creando dos mercados paralelos para los productos agrícolas, el mandi, bien regulado, y el privado, no regulado, en el que los comerciantes no se registran y no hay supervisión, control ni pago de tasas o cánones. A dos años de la entrada en vigor de las leyes agrícolas, aumentan los casos de incumplimiento de pago a los agricultores y, a falta de un marco de regulación, estos se encuentran a merced de los comerciantes.

Esta situación preocupaba mucho al campesinado y sus recelos se han hecho realidad. Ahora su mayor temor es que acaben con los mandis, dejándolos para siempre a merced de las grandes empresas y de los distribuidores. En efecto, hay quien dice que, a falta de una seguridad de

precios justos para sus productos, algunos agricultores se ven obligados a tirarlos a los caminos o a los ríos, o bien a dárselos a comer al ganado.

Consecuencias positivas y negativas

Otro de los problemas que se observaron tras la derogación de las leyes fueron las luchas internas del frente unido de agricultores, el Samyukt Kisan Morcha (SKM), que había encabezado las protestas en Delhi. Tras las movilizaciones, el SKM entró en discordia cuando algunos de sus integrantes decidieron entrar en política y se presentaron a las elecciones estatales del Punjab, violando el principio básico de la entidad de mantenerse apolítica. Ahora, el SKM se divide en dos facciones, política y apolítica, aunque se está trabajando para que vuelvan a estar unidas.

Con la victoria temporal de la derogación de las leyes, se frenó el ritmo de la privatización de los alimentos, pero la tendencia al monopolio no cesa. Desde el comienzo de las protestas era evidente que el agronegocio eran el beneficiario final de todo el proceso.

Poco después de la promulgación de las tres ordenanzas, Reliance, un grupo empresarial indio, recibió una enorme inversión extranjera de aproximadamente 25.000 millones de dólares, y además adquirió la segunda cadena de supermercados más importante de la India, Big Bazaar, por unos 3.500 millones de dólares. Adani Agri Logistics, por su parte, ha hecho grandes inversiones en la construcción de almacenes de grano y ya gestiona los de la Food Corporation of India (FCI) y ha ampliado la red de líneas ferroviarias privadas, las plantas automatizadas de procesamiento de grano y otras infraestructuras cercanas a los silos.

La subida de la inflación y la emergente crisis alimentaria son consecuencias de la creciente influencia de las grandes empresas en el sector alimentario de la India, algo que afecta no solo al campesinado sino a la población en general. Es el momento de que las diferentes facciones campesinas del país se unan para fortalecerse en la lucha contra el monopolio empresarial sobre la alimentación y la agricultura. ●

Afsar Jafri
GRAIN

Abrigaño



Acto de conmemoración de los Motines del Pan en Valladolid, organizado el 1 de julio de 2022 por el Grupo de Estudios Abrigaño. Foto: Abrigaño

Agua, sol y guerra en MARIÚPOL

La invasión rusa de Ucrania desatada el pasado febrero, y sus conflictos asociados, abre la puerta a reciclar los viejos dichos del campo castellano.

A mediados del siglo XIX, con la industrialización agraria del campo castellano en torno al negocio harinero, la guerra de Crimea catapultó a los productores castellanos. Entonces se acuñó la frase «Agua, sol y guerra en Sebastopol», en referencia a los tres ingredientes que propiciaron el crecimiento del sector que reposaba en la asalariación de la población jornalera, la concentración de parcelas para su cultivo intensivo y la explotación de nuevas infraestructuras de transporte como el Canal de Castilla. Hoy, de aquella industria boyante no quedan más que restos y sabemos que esa prosperidad estuvo envenenada: la oportunidad de subir precios para obtener mayores ganancias en el mercado internacional abocó al hambre a las clases humildes castellanas.

Los motines del pan

Las penurias sobrevenidas, alternadas con epidemias de cólera y un nuevo tipo de explotación laboral, condujeron a este nuevo proletariado a numerosos estallidos sociales conocidos como «motines de subsistencia». Entre ellos, destacamos los motines del pan ocurridos en Castilla en 1856, por su intensidad y extensión, y por ser un momento histórico realmente aleccionador. El principal detonante tuvo lugar en Valladolid, cuando la mañana del 22 de junio las campanas tocaron a rebato llamando al motín. Hubo una concentración de centenares de personas, especialmente mujeres, que destrozaron el puesto de recaudación de impuestos de la Plaza Mayor y, acto seguido, asaltaron las fábricas de harina

del canal y las incendiaron. Como respuesta, el gobierno declaró el estado de guerra, pero no fue suficiente: por la tarde, cientos de personas incendiaron otra fábrica en Medina de Rioseco y a la mañana siguiente un tercio de la población de Palencia, encabezado por los obreros textiles, hizo arder otras tres harineras. Las noticias se propagaron y a lo largo del Canal de Castilla se multiplicaron los incendios en las propiedades de la pujante burguesía harinera, identificada como origen de la carestía. En las horas que siguieron se llegó al medio millar de detenciones y se iniciaron las ejecuciones de quienes pronto se conocerían como «héroes de Castilla». Está documentado el fusilamiento de 21 personas y la muerte por inanición en la cárcel de al menos 60 de las personas detenidas. Las semanas del verano de 1856 que siguieron a estos sucesos estuvieron marcadas a la vez por las cuadrillas de incendiarios de campos que, al modo del capitán Swing, vengaban a los caídos; por los milicianos pasados al bandolerismo y por las pesquisas gubernamentales sobre las conspiraciones que explicasen los motines. Meses después, ante una inestabilidad que no acababa, caía el gobierno y con él el bienio progresista.

Todo parece repetirse

Una guerra internacional, una crisis de precios, un empobrecimiento de la población. Epidemias, revueltas, represión. Todo parece repetirse.

«La historia no se repite, pero rima», dicen. «La historia ocurre dos veces: la primera vez como una gran tragedia y la segunda como una miserable farsa», dice otro. También resuena aquello de que «Los pueblos que no conocen su historia están condenados a repetirla».

Esto no es un tratado sobre las leyes de la historia, pero es que hoy resulta inevitable ver repeticiones, rimas y farsas. Durante el pasado semestre en el Centro de Estudios Abrigaño dedicamos bastante esfuerzo a preparar una conmemoración de los motines del pan, con pretensión de continuidad y con el ánimo de desenterrar de la memoria colectiva estos sucesos. Mientras tanto, el expansionismo ruso lanzaba su cruzada contra el decadente occidente y sacaba músculo de su virilidad en una guerra con mucha tendencia a justificarse como repetición, o más bien como farsa, unos exhibiendo banderas rojas y cintas de san Jorge, y otros, esvásticas y saludos romanos. Mientras tanto, la cesta de la compra nos subía un 10 %, empujada por el precio de las materias primas energéticas

—petróleo, gas, uranio...—. Y, además, pasábamos olas de calor inauditas en la península ibérica que han dejado una sequía brutal y calamitosa para la producción alimentaria. Poca agua, mucho sol y demasiada guerra en Mariúpol.

Lo que no ha ocurrido todavía es el estallido. Ni la revolución. Ni ningún motín. Hay quien ve que tenemos un gobierno progresista que invita a «la esperanza y el progreso», aunque atenazado por una coyuntura internacional endemoniada. También quien teme, como pasó con aquel bienio progresista de Espartero, que una oleada de descontento y revueltas termine con un nuevo gobierno conservador a los mandos del Estado español. A pesar de la letanía del conformismo, lo cierto es que todo puede suceder. La inestabilidad que atravesamos es un campo abierto para cualquier escenario y, por eso, cosas impensables hace años hoy son titular recurrente. No obstante, pareciera que sigue siendo más fácil pensar en el final de todo, en un Mariúpol global tras una oleada de devastación, que en el principio de algo mejor. Parece que sigue siendo más fácil pensar el final del mundo que el del capitalismo. ¿Es posible que siga siendo más fácil pensar la manifestación, la queja y la revuelta que la organización, la propuesta y la revolución? ¿Tan lejos nos quedan?

Preparar el día después de la revolución

Es cierto que si los motines del pan en la Castilla del siglo XIX no terminaron en revolución, posiblemente tenga que ver con la falta de organización y la ausencia de una colectividad capaz de avivar la llama una vez saltada la chispa. Pero no es menos cierto que el estudio de la historia nos debe servir para establecer una nueva hoja de ruta en el presente: 1) forjar organizaciones, trenzar alianzas capaces de canalizar las pavesas de conatos pasados para trasladarlas a los nuevos conflictos (huelgas, manifestaciones, luchas por el territorio) que estallan día sí, día también, en nuestros territorios; 2) dibujar con nuestras propuestas un futuro esperanzador, un futuro que apetezca ser vivido: más sostenible, más saludable, más equitativo, más igualitario; y 3) apuntalar las redes solidarias que nos sostengan —sindicatos, cooperativas de consumo, de vivienda, de información— mientras preparamos, como diría Ursula K. Le Guin, el día después de la revolución. ●

Grupo de estudios castellanos Abrigaño

Patricia Dopazo Gallego

NAVARRA

SOBERANÍA ALIMENTARIA PERMEABLE

En febrero de este año, se presentó un estudio sobre la situación de la soberanía alimentaria en Navarra a través de 19 indicadores. Se acompañaba de un manifiesto que reivindica que es «posible y urgente construir un nuevo sistema agroalimentario basado en la agroecología, la soberanía alimentaria y la economía sostenible, solidaria, cooperativa y feminista». ¿Existe en Navarra un proceso de articulación y transformación por parte de los movimientos sociales y la ciudadanía que pueda inspirar a otros territorios?

Hablamos con Ester Montero, dinamizadora agroecológica y autora del estudio; con Mayu Serreau, de Mugarik Gabe Nafarroa, una de las organizaciones impulsoras del manifiesto y de diferentes foros y actividades; y con Gotzone Sestorain, productora e integrante de Etxalde (Movimiento de baserritarras por la soberanía alimentaria). ¿Cómo valoran la situación del movimiento en Navarra?

Sin querer comparar con otros territorios, Ester empieza por destacar la cantidad de iniciativas colectivas que existen: «En Navarra tenemos muchos grupos de consumo y personas productoras organizadas en torno a cuestiones como la comercialización, los cultivos extensivos, la transformación de alimentos, la ganadería tradicional... Tienen cierta fuerza, pero no están dentro de una plataforma común». Mayu está de acuerdo, no se atreve a hablar de un «movimiento por la soberanía alimentaria de Navarra», pero sí de «movimientos que van surgiendo y que poco a poco tienen contacto entre ellos y se coordinan». Hablando de coordinaciones y sinergias, Ester añade que, además de la producción y el consumo agroecológico, en Navarra hay un tejido muy vivo que hoy en día es fundamental: los diferentes

colectivos relacionados con la defensa del territorio (contra el tren de alta velocidad, los macroproyectos turísticos y energéticos, la minería...). «En ellos permea mucho la idea de soberanía alimentaria por su propia naturaleza, pero también gracias a los foros de soberanía alimentaria y a otros espacios de encuentro donde hemos trabajado en tender estos puentes».

Una prueba de la presencia del discurso de soberanía alimentaria en todos estos espacios lo puede representar Etxalde. Gotzone explica que el colectivo ha participado activamente en los foros, que impulsaron el estudio y el manifiesto, pero además también en la plataforma contra las macrogranjas y en la Carta de los Derechos Sociales en Euskal Herria. «Todos son espacios plurales, de alianzas, donde se denuncia la cruda realidad que tenemos en el sector agroalimentario, pero también donde se elaboran propuestas para avanzar en la soberanía alimentaria».

Las articulaciones reales surgen de la práctica

Con esta primera foto de multitud de iniciativas diversas que se van conociendo y relacionando en diferentes espacios, la siguiente



Visita a las luchas del Valle de Baztán durante el Foro de soberanía alimentaria, feminismo y defensa del territorio de 2019. Foto: Mugarik Gabe Nafarroa

pregunta es si se considera necesaria una plataforma que las agrupe para conseguir más incidencia política y social.

Mayu cuenta que la Asamblea por la Soberanía Alimentaria de Navarra (ASANA), «surgió hace unos años con ese objetivo, sin embargo, consiguió sobre todo agrupar a colectivos del consumo, no tanto de la producción, y ahora mismo está parada». Para ella no es un drama, ya que se está dando cuenta de que las articulaciones reales finalmente surgen de la práctica, del día a día, y queda claro en la figura de la Plataforma contra las macrogranjas de Navarra, el espacio que agrupa actualmente a más colectivos. «Está sirviendo para conocernos, organizarnos y, además

de denunciar la ganadería industrial, reivindicar un cambio de modelo alimentario».

Pero sí, las tres ven necesaria una figura o un espacio común que haga de paraguas. «No lo veo como una entidad formal, institucionalizada, sino como un espacio de trabajo continuado entre colectivos con inquietudes comunes que facilite que nuestras reivindicaciones lleguen a las administraciones», explica Ester. Mayu coincide en que es el reto pendiente, «a veces da la sensación de que somos muchos grupos pequeños haciendo cosas muy parecidas, por eso es importante sumar y no duplicar esfuerzos; con una plataforma en el ámbito de Navarra conseguiríamos eso y también evitar que haya colectivos que se sientan solos».

Respecto a contar con una plataforma en el ámbito estatal, tienen claro que, antes de eso, la prioridad sería tener algo fuerte en cada territorio y ya han dicho que en Navarra no están en ese punto. Mayu explica que «muchas veces caemos en ese énfasis de ampliar sin tener las bases asentadas y esto tiene riesgos: objetivos que no se han pactado bien, ritmos y prioridades diferentes, sensación de agendas impuestas desde otros territorios... Lo vemos en otros movimientos aquí en Navarra. Es importante cuidar los procesos y a las personas y no quemarse». Ahora bien, según ellas, eso no quita para que se establezcan coordinaciones puntuales entre territorios. Consideran fundamental contar con redes de comunicación y de intercambio de experiencias que puedan ser inspiradoras.

En Navarra hay un tejido muy vivo que hoy en día es fundamental: los diferentes colectivos relacionados con la defensa del territorio.



Concentración en Pamplona contra las macrogranjas en 2021. Foto: Mugarik Gabe Nafarroa

Poner el cuerpo en la defensa del territorio

Aunque casi la mitad de la población de Navarra vive en la comarca de Pamplona, el movimiento vinculado a la soberanía alimentaria no está centralizado en la ciudad. «Diría que en este sentido la gran brecha en Navarra no es tanto entre campo y ciudad, sino entre el centro norte y la comarca de la Ribera, donde se ha roto con el modelo de agricultura tradicional y hay más industrialización», explica Mayu, que señala que el hecho de que en esta comarca haya menos movimientos sociales no es una coincidencia.

Esta ruptura con el modelo de agricultura tradicional, Gotzone la ve como una violencia hacia el territorio, ya que «recursos como la tierra, el agua y las ayudas públicas se están utilizando en beneficio de los intereses del capital y no para cubrir nuestras necesidades alimentarias; gran parte de la producción agraria y ganadera de

Navarra está destinada a exportación, mientras importamos alimentos». La ganadera y activista cita otras agresiones, como la contaminación de la tierra y el agua por el uso excesivo de fertilizantes y por los purines de granjas industriales, junto a la minería y los macroparques eólicos y solares que pretenden instalarse en zonas de pastos comunales y tierras de cultivo. «Todas estas agresiones pueden ser una oportunidad, porque evitarlas nos indica el camino que tenemos que recorrer, empezando por la defensa de los bienes comunes, tierra y agua, que son imprescindibles para construir la soberanía alimentaria por su carácter estratégico y su valor ambiental».

¿Cómo se construye un movimiento fuerte de defensa del territorio? ¿Qué elementos lo favorecen? «Creo que Navarra, debido a contextos y realidades históricas, tiene una fuerte autoestima colectiva y una tradición de reivindicación cultural potente comparada con otros territorios», dice Ester; pero señala que, lamentablemente, este sentimiento identitario no se ha traducido en una reivindicación de la soberanía alimentaria por parte del sector primario. Añade que «no hay una crítica generalizada del impacto que ha supuesto la reconversión industrial y el modelo de intensificación agraria, ni siquiera por parte de colectivos con reivindicaciones culturales; las ideas de la modernidad entraron con mucha fuerza y aún hoy parece que ese es el único camino. No se cuestiona tampoco por parte de los grandes sindicatos agrarios, cuyo papel es decepcionante». Para Mayu también

Los comunales son imprescindibles para construir la soberanía alimentaria.

este es un reto pendiente: el concepto de soberanía alimentaria podría agrupar a las luchas por la defensa del territorio, el mundo rural vivo, el patrimonio cultural..., pero pedagógicamente aún queda mucho por hacer en ese sentido y es lo que trabajan, entre otras cosas, en su organización.

Pero las grietas van aumentando. En Navarra hay luchas por la defensa del territorio en las que se está pasando a formas de resistencia no violenta y desobediencia civil, algo que en los últimos años estaba más paralizado. Ester pone como ejemplo la experiencia de Aroztegia, que ha conseguido paralizar de momento un proyecto turístico y urbanístico en el valle de Baztan, una zona ganadera, aunque ha habido represión con multas muy importantes. «Obviamente, la amenaza penal que pueda tener una acción te frena, pero aquí históricamente ha estado más presente el tema de la represión, especialmente en el norte de Navarra, y hacer colectas para pagar multas ha estado en el día a día», explica.

«La gente está poniendo el cuerpo», añade Mayu, y menciona el caso de la lucha contra las macrogranjas. «Hay compañeras que han llegado a exponerse hasta un nivel muy elevado de agotamiento, sobre todo por los conflictos locales y por esa idea extendida de que estás yendo “contra el desarrollo” de tu pueblo. Sentirse arropadas y con una respuesta colectiva les ha respaldado a nivel emocional, pero no es fácil. Estoy de acuerdo en que somos un territorio activo, pero hay quien no participa por el coste que supone a nivel social». Y, en este punto, Mayu recuerda a las líderes de pueblos del sur en resistencia que han visitado Navarra y las similitudes que, salvando las distancias, hay en sus relatos de lucha contra las multinacionales. «Generar conflictos dentro de las comunidades parece una estrategia común de los poderes económicos, tanto aquí como en México o Guatemala».

Dinámica colectiva en el III Foro de soberanía alimentaria, feminismos y defensa del territorio (2021). Foto: Mugarik Gabe Nafarroa



Muchas veces caemos en ese énfasis de ampliar sin tener las bases asentadas y esto tiene riesgos.

Foros de soberanía alimentaria, feminismos y defensa del territorio

En estos años, las organizaciones y ONG que trabajan la soberanía alimentaria (como Mugarik Gabe Nafarroa o Mundubat) han conseguido consolidar los Foros de soberanía alimentaria, feminismos y defensa del territorio. Este año 2022 se ha celebrado el cuarto. «Los foros han sido la cita más multitudinaria de lo que podemos llamar movimientos por la soberanía alimentaria. Nos hemos llegado a juntar más de 100 mujeres y se han establecido relaciones y vínculos personales y colectivos que dan frutos», dice Mayu.

En los foros se ha contado con visitas de defensoras del territorio del sur global que aportan otras visiones de las luchas y las relaciones con la naturaleza. Para Ester, estas aportaciones han sido muy importantes para conseguir vincular a los feminismos más urbanos y europeos a la defensa del territorio. «Estamos contribuyendo a que estos temas dialoguen y esto es superpotente».

Sueño y realidad

Actualmente, el sector vive una crisis por el precio de los suministros y el combustible que hace que la situación de las personas productoras a pequeña escala sea desesperada. «Además, aquí hay que sumar la sequía», dice Ester. «Hay quien ordeñaba a máquina y ahora lo hace a mano porque tiene que ahorrar costes. Se enfrenta el otoño y el invierno con zonas de pastos que ahora son casi un desierto y no se han recogido forrajes después de un verano nefasto».

¿Cuál es el plan de emergencia por parte de los movimientos sociales? Mayu y Ester cuentan que cada vez se habla más de esto, pero hay pocas respuestas. Para Gotzone, ahora podría ser un buen momento para iniciar una transición a un modelo productivo más sostenible y autónomo, pero hace falta que las políticas públicas vayan en esa dirección. «En el manifiesto que publicamos, que ya han suscrito 60 entidades, había 63 medidas a adoptar por las administraciones públicas. Es el momento de abandonar los fertilizantes y plaguicidas, ya que están ahora tan caros y en eso la administración puede acompañar económica y técnicamente. También para poner freno a los proyectos de macrogranjas que hay en Navarra, que son muchos. Otra acción interesante sería volver a crear las redes entre agricultores y ganaderos para el suministro de cereales, forrajes y proteína vegetal de manera directa, evitando los mercados especulativos». Mayu incide en la importancia de la cooperación y la solidaridad: «Hay alguna iniciativa en Pamplona de bancos de alimentos con criterios sociales,

con personas preocupadas por generar redes de apoyo con el campo para afrontar las necesidades crecientes que va a haber».

Redes de cooperación y cuidado y soberanías de todo tipo son elementos protagonistas del modo en que las tres entrevistadas sueñan el futuro de Navarra. Para Ester, «sería un futuro donde las comunidades campesinas tendrían mucho que aportar, por ejemplo, en la gestión de los propios recursos para satisfacer necesidades locales. Me imagino una sociedad rural que impulse la recuperación de concejos y de aprendizajes que han demostrado su vigencia y validez, que incorpore cuestiones relacionadas con las diversidades de género y de todo tipo». Mayu añade que habría «menos concentración de personas y actividad en las ciudades, se recuperaría la vida en los pueblos, los ritmos de la naturaleza, la reconexión con la tierra respetando las particularidades de cada lugar». Gotzone se imagina una producción diversificada en un sector a pequeña y mediana escala, donde haya desaparecido la ganadería industrial y se vuelva a conectar con la agricultura basada en manejos agroecológicos y la ganadería extensiva. «Me imagino una Navarra multicolor. Tenemos tierras fértiles, múltiples climas y grandes reservas de agua dulce; es un lugar ideal para la producción de alimentos variados. Sueño con recuperar lo que llegamos a tener un día».

Patricia Dopazo Gallego

Revista SABC



«El campesinado es el plan de contingencia»

ENTREVISTA A MORGAN ODY
COORDINADORA GENERAL DE LA VÍA CAMPESINA

Morgan Ody asumió la coordinación general de La Vía Campesina (LVC) en 2021. De familia campesina y sindicalista, participa desde hace diez años en la Confédération Paysanne y cuida de una finca de hortalizas de 1,3 ha, cuya producción vende a los grupos de consumo y mercados cercanos, en la región francesa de Bretaña. Hablamos con ella sobre los retos actuales del campesinado.

El colonialismo, el acaparamiento de recursos, las sucesivas crisis económicas... son factores que provocan violencia. En los conflictos armados esta violencia es aún más explícita. ¿Cómo afectan las guerras a las poblaciones y los territorios campesinos?

La gran mayoría de las guerras suceden en el medio rural con muy poca visibilidad. En los medios de comunicación lo que sale son las ciudades porque las imágenes parecen más espectaculares, pero la gente del campo confronta una violencia inmensa, sin nada con lo que defenderse o protegerse, sin que nadie cuente lo que les pasa. Y lo que es más importante: muchas veces sin posibilidad de irse. En Ucrania se ha visto muy claro. Allí, gran parte de la población es rural y tiene complicado salir porque tiene allí sus animales, pocos hablan otro idioma, no ven posibilidades económicas y se quedan en la violencia. Este es el lado negativo, pero el positivo es que son quienes producen alimentos, cuidan de los animales, de las personas mayores, hacen que el campo y el país se mantenga vivo, y eso tiene mucho valor. Las compañeras nos dicen que, en Ucrania, más o menos el 80 % de la alimentación llega de estas personas. Aun así, hay países con una riqueza natural y cultural inmensa, como Colombia o el Congo, cuyo campesinado ya no puede producir alimentos porque el nivel de violencia es tan alto y lleva tantos años que ha migrado a las ciudades, donde por lo menos no los asesinan. Esas situaciones de guerra en el mundo rural ponen en peligro la soberanía alimentaria; lo vemos en los informes de la FAO: los países donde hay hambre son los países en guerra. Otro caso muy relacionado y en aumento es la caída del estado sin que haya una guerra oficial entre dos bandos, donde los grupos violentos, el narcotráfico, las mafias... ocupan ese espacio. Se ve en países como Salvador, Haití o Guatemala, donde en particular son las mujeres las que más sufren.

En julio, LVC difundió el Llamado a un movimiento global por la paz y la solidaridad, contra todas las guerras, a propósito de la guerra en Ucrania. ¿Qué posicionamiento adopta LVC frente a estos fenómenos?

Desde sus inicios, LVC tiene una posición pacifista y se esfuerza por evitar reducirlo todo

a «buenos y malos». No es una actitud fácil, pero permite no caer en trampas. Sobre todo, hay que solidarizarse y tener en cuenta la situación de la población, no solo de los poderosos. Queremos dar protagonismo a las poblaciones rurales para salir de los conflictos y un buen ejemplo es el de Colombia, donde participamos en el proceso de paz junto al campesinado, que fue víctima de la guerra y la criminalización, pero también es un actor de la paz.

La declaración publicada en julio a cuenta de la paz no ha tenido un gran eco, creo que las condiciones para que se entienda no se dan, por tanto, es importante trabajarlas. Necesitamos una cultura para la paz, para no caer en la violencia por acaparar lo poco que nos quede. En esto, la lucha de las mujeres y el feminismo es superimportante y en LVC cada vez somos más mujeres con puestos de responsabilidad. No veremos los frutos inmediatamente, pero esto es normal en la vida campesina: ponemos una semilla y tiene que pasar tiempo para que crezca.

Además de las guerras, tenemos por delante una situación global muy complicada. ¿Cuál es tu lectura?

Tenemos inmensos cambios por delante y no es fácil predecir el futuro. Hasta ahora, en la historia hemos tenido dos momentos clave, el inicio de la agricultura hace 10.000 años y la revolución industrial hace 200 años, que cambió cómo nos relacionamos con el medio ambiente y permitió un nivel de producción inimaginable anteriormente; muchas comodidades para una parte del mundo y muchas desigualdades para otra. Ahora estamos en un momento en el que eso —queramos o no— se va a acabar debido al cambio climático y a la baja producción de energías fósiles.

¿No deberían los movimientos sociales europeos responder de forma más contundente contra la guerra, el capitalismo y el cambio climático?

No es extraño que los movimientos sociales no reaccionen, porque es una situación de gran cambio y de mucha confusión para mucha gente. Además, ¿qué movimientos sociales tenemos? Los más grandes son los movimientos obreros, que nacieron en el siglo XIX para compartir mejor los beneficios de la revolución industrial, y creo que la mayoría no ha superado eso, porque parece difícil cambiar las formas de producción para

Solo con propuestas concretas de mejora de vida en el medio rural podremos luchar contra la extrema derecha.

adaptarse a una nueva realidad. ¿Pasa lo mismo con los movimientos campesinos? No totalmente, porque el campesinado sí tenemos la capacidad de cambiar y seguir produciendo de manera agroecológica, superando los marcos de la civilización industrial basada en los combustibles fósiles. Por eso, considero que en nuestra época los movimientos campesinos tienen un protagonismo particular.

Pero para compartir lo poco que podemos producir sin la magia del petróleo necesitamos un alto nivel de igualdad social. Necesitamos construir un movimiento social fuerte a nivel mundial que asegure un reparto de la riqueza mucho más igualitario y que impida que los imperialistas nos arrastren a guerras destructivas para los pueblos.

Desde aquí observamos con mucho interés que la Confédération Paysanne colabore con Extinction Rebellion en el movimiento Les soulevements de la terre. ¿Qué diferencias encuentras entre el campesinado de Francia y de España?

No es tan diferente, es una situación en la que los pequeños y medianos campesinos lo tienen muy difícil y se generan muchas tensiones dentro de las organizaciones. Hace falta más radicalidad y a eso responde Les soulevements de la terre. Pero se actúa con cuidado, porque sabemos muy bien que cuando los miembros de nuestra organización sufren, no podemos no responder. En la Confédération Paysanne muchos miembros trabajan con modelos semiindustriales, por ejemplo, yo misma, que sin tractor no sabría cómo

hacerlo. En Europa del oeste la industrialización ha ido muy lejos y ha generado una dependencia muy alta que no se puede cortar de un día para otro. ¿Cómo se hace el cambio?, ¿qué se hace con los precios?, ¿cómo se consiguen ingresos dignos? Lo que pedimos son políticas que hagan posible la transición desde un punto de vista ambiental y social. La idea no es que haya menos agricultores. ¡Al revés, es que haya muchos más! Queremos salvar a quienes están y sumar más gente. La idea no es que los agricultores que son prisioneros del sistema industrial ya no sirvan. Necesitamos a todos los agricultores y las agricultoras, ¡y muchas más! Y para eso necesitamos políticas de acompañamiento hacia una transición.

¿Cómo abordamos esta transición en el campo en sociedades donde la extrema derecha ha ganado tanto terreno?

Creo que la izquierda tiene una responsabilidad en esta situación porque pone muy poca atención en el mundo rural. Cuando la gente del campo no recibe respuesta de la mayoría de los partidos políticos ni de los movimientos sociales, la extrema derecha lo tiene muy fácil: van allá y dicen que entienden el sufrimiento y que todo es culpa de los migrantes. A los ingresos bajos se suma la falta de servicios públicos, hospitales, agencias postales, escuelas con pocos profesores... Todo esto hace la vida supercomplicada. Lo que queremos con la soberanía alimentaria es que ser campesino sea atractivo, con ingresos dignos y servicios públicos. Solo con propuestas concretas de mejora de vida en el medio rural podremos luchar contra la extrema derecha.

¿Cómo se lucha contra la extrema derecha desde las organizaciones agrarias?

Yo tengo mucha consideración por el trabajo que hace la COAG en este sentido. En Francia no tenemos la ley de cadena alimentaria y queremos seguir sus pasos. También explicaron muy bien lo que pasó en la manifestación del pasado marzo en Madrid: había una parte de sus bases que quería ir a esa manifestación porque sentía esa falta de reconocimiento, esas dificultades. Ante esa situación, que la organización decida desde arriba no ir es lo peor que puede ocurrir. Hay que acompañar esa rabia y transformarla en algo positivo, como pedir ingresos y servicios dignos sin dejar que la extrema derecha se apropie

de esas reivindicaciones; y también interpelar a otros partidos políticos para que actúen y no dejen el espacio a la extrema derecha. Es difícil, pero solo diciendo que se está en contra de la extrema derecha no se lucha contra la extrema derecha. Se lucha entendiendo los problemas de la gente y tratándolos.

Este tema lo vivo en lo personal porque mis vecinos, cuando llegué, eran votantes de extrema derecha. Podría haberme cerrado a ellos, pero decidí conocerlos. En la vida diaria son buenos vecinos, ayudan con los animales. El hecho de no juzgarlos e ir poco a poco integrándonos, conviviendo con visitas a casa de amigas lesbianas o amigos migrantes... les ha hecho cambiar.

Durante estos años se aprecia claramente una evolución del discurso de LVC. Inicialmente, se centraba en la soberanía alimentaria y la lucha contra la globalización; después incorpora la agroecología, los feminismos y la diversidad sexual. Ahora se habla abiertamente de la reconexión con la naturaleza. ¿Puedes explicar esta evolución en la mirada? ¿Hacia dónde va?

Desde el inicio, LVC junta a movimientos de ideología marxista con movimientos de base teórica indigenista y posteriormente feministas. Estas corrientes se retroalimentan y es muy fructífero. El equilibrio no siempre es fácil, pero cuando yo la descubrí, hace más de 20 años, fue lo que me entusiasmó y enamoró. No había encontrado movimientos con esa doble identidad. Lo que es más reciente es empezar a pensar en profundidad los efectos de la tecnología, un debate que ya estaba presente desde la lucha contra los transgénicos. Hemos superado esa idea de que «la tecnología, si está en buenas manos, está bien». La tecnología no es neutral, tiene sus propios mecanismos y cada vez tenemos una visión más crítica porque en el futuro transhumanista no hay espacio para los campesinos. Esta idea transhumanista del futuro está muy ligada al capitalismo, pero también podría darse en lugares con poderes autoritarios no capitalistas. En Francia se ha creado una escuela privada con el dinero de las GAFAM¹ para formar a ingenieros que no vayan nunca a la finca y

trabajen con drones. Nuestro proyecto es el contrario: necesitamos muchos más campesinos que mantengan vínculos con todos los seres vivos, en línea con las cosmovisiones indígenas.

¿Cómo se concretarían en Europa las propuestas de la LVC en un momento como este?

Lo que tenemos claro es que el campesinado es el plan de contingencia. Durante la pandemia fuimos las campesinas quienes alimentamos a la gente y lo hicimos apenas sin ayuda, porque todo el apoyo se les dio a las multinacionales. Yo lo viví directamente, pero en Europa del Este se vio mucho más. España es de los países en los que la industrialización de la agricultura ha llegado más lejos, por tanto, la transición va a ser muy difícil, y más con el añadido de los efectos del cambio climático. Los pequeños y medianos agricultores van a necesitar mucha ayuda de la sociedad. En Italia, por ejemplo, no hay mucho apoyo gubernamental, pero existen redes locales. No es suficiente, pero ya es algo. En Francia estamos en una situación intermedia y en la pandemia se pudo ver el nivel de autoorganización local; por ejemplo, se prepararon cajas de alimentos para quienes más lo necesitaban. Hay quienes me llaman catastrofista, no obstante nuestro mundo va a cambiar mucho. No es fácil aceptarlo en las organizaciones, pero, si no lo aceptamos, no va a haber ningún plan de contingencia.

España es de los países en los que la industrialización de la agricultura ha llegado más lejos, por tanto, la transición va a ser muy difícil.

Campesinado y proceso de paz en Colombia

Todas las propuestas que, desde siempre, ha hecho el campesinado en Colombia, han sido para contribuir al proceso de paz. En el diálogo con la insurgencia, previo a la redacción del acuerdo, participamos en los foros y aportamos a los diferentes ejes: la reforma rural integral, la participación política, la Justicia Especial de Paz, el proceso de sustitución de cultivos ilícitos, el tema de las víctimas, el acompañamiento internacional... Mantenemos la idea fundamental de que la paz no es posible sin justicia social.

Cuando en FENSUAGRO comenzamos con el Instituto Agroecológico Latinoamericano-IALA María Cano, en 2012, siempre planteamos que el territorio tiene que defenderse desde el territorio y esta universidad campesina fue en sí misma una propuesta de paz.

En la historia de nuestro movimiento destacan tres hitos. El primero en 2003, con el Congreso nacional agrario «Por la soberanía alimentaria y el derecho a la tierra», donde participaron tanto el campesinado, como indígenas y comunidades negras. Allí obtuvimos el primer mandato agrario que hoy sigue vigente. El segundo hito es el paro masivo de 2013, que concluyó con la Cumbre Agraria, Campesina, Étnica y Popular, reconocida por el gobierno como actor en la definición de la política pública para el agro colombiano. Actualmente, nuestras propuestas están más vigentes que nunca. Y recientemente conseguimos la sentencia STP 2028 de 2018, donde se reconoce y conceptualiza el valor del campesinado más allá de lo productivo, en lo cultural, organizativo, social, político... Hemos contribuido al proceso de paz en muchos aspectos.

Nury Martínez Silva, presidenta de Federación Nacional Sindical Unitaria Agropecuaria (FENSUAGRO), Colombia

En cuestión de crisis, ¿qué podemos aprender de cómo se organizó la sociedad en otros momentos de la historia?

Esto es muy interesante y en Europa podemos aprender de la II Guerra Mundial y la desintegración de la URSS. ¿Qué hizo la gente? Cultivó patatas. Una parte importante de la población de las ciudades se fue al campo, las casas de los

pueblos se llenaron y se organizaron para cultivar. En Grecia, en 2008, fue así también. En Argentina y Venezuela es un poco lo mismo. Aumentan las economías informales, pero todo sucede alrededor del campesinado ¿Cómo podemos prepararnos mejor para todo esto? No tengo la respuesta, pero creo que la mejor manera de prepararse para el futuro es construir un sentimiento de solidaridad y no de miedo; abrirse a acoger personas, porque es muy positivo. Yo sola sin mi tractor no puedo ocuparme de mi finca, vamos a necesitar mucha más gente en el campo para producir alimentos, es la única manera. Y no es necesariamente una mala noticia, pero sí necesitamos una actitud de apertura para construir nuevas relaciones en el medio rural. La declaración publicada a raíz de la guerra en Europa es una manera de empezar a prepararse: hay que construir esas relaciones y movimientos para la paz. ●

La mejor manera de prepararse para el futuro es construir un sentimiento de solidaridad y no de miedo.

Revista SABC

1. Google, Apple, Facebook/Meta, Amazon y Microsoft.

PENSAR LA MOVILIZACIÓN SOCIAL HACIA LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

¿Cómo nos movilizamos por la soberanía alimentaria? ¿Qué aspectos habría que trabajar de forma prioritaria? ¿Qué factores bloquearían? Trasladamos estas preguntas a personas estrechamente vinculadas al campo y a la vida rural de diferentes territorios. Varias piezas con las que construir un todo.

El agua, elemento de movilización

Extremadura es una comunidad más rural que agrícola. La desagrarización de la economía y la sociedad se refleja, por ejemplo, en la reducción del número de personas que perciben ayudas de la PAC: de 77.553 en 2003 a 43.000 en 2022. O en el número de explotaciones, que ha caído de 110.891 en el año 2000 a 65.275 en 2020.

Hago esta salvedad para diferenciar entre movilizaciones del medio rural y movilizaciones del sector primario. Pero aun con sus diferencias, creo que en ambos casos el elemento desencadenante de grandes movilizaciones es el mismo: el sentimiento de amenaza a tu forma de vida.

Es en ese momento cuando el colectivo se pone en marcha para defender sus intereses y, en Extremadura, tenemos una buena lista de casos: la Central Nuclear de Valdecaballeros o la refinería de Tierra de Barros hace ya unos años o, en la actualidad, la mina de litio en Cáceres o el macrovertedero en Salvatierra de los Barros. Son exitosos ejemplos de movilización popular en el medio rural que evitaron entonces y están consiguiendo parar ahora, proyectos que amenazan la forma de vida de la población del entorno. Todos ellos relacionados con cuestiones de contaminación de la tierra, el aire o el agua.

La falta de agua va a ser uno de los elementos generadores de movilización (junto a la escasez y el encarecimiento de la energía y los alimentos) en el medio rural en general y en el sector

primario en particular. Es más, puede llegar a ser un factor de enfrentamiento entre ambas partes e incluso entre pequeñas-medianas producciones y grandes aguatenientes si no se lleva una gestión hídrica adecuada y se democratiza el acceso a este bien de primera necesidad.

Se dan, al menos, dos situaciones incompatibles entre sí. Al mismo tiempo que la Junta de Extremadura continúa desarrollando nuevos proyectos de regadío para aumentar la superficie regable, este año ha disminuido la superficie regada por falta de agua. El continuo aumento de la demanda de agua para el regadío, así como para la generación de energía hidroeléctrica, choca con unas reservas que se reducen un 4-5 % cada año a la vez que aumenta la población afectada por restricciones y una previsión a la baja de las precipitaciones anuales, que serán cada vez más irregulares.

Es fundamental que la población conozca lo que está ocurriendo para poder tomar decisiones colectivas. Tenemos que ocupar todos los espacios para informar y poner cordura antes de que el ruido lo emborrone todo.

Eugenio Romero Borrallo
 @eugenioromerob
 Productor e investigador
 agroecológico en Extremadura



Soportes de difusión de acciones y campañas del movimiento Les Soulèvements de la terre en Francia

Mirar atrás con una visión de hoy

Como humanidad, nos encontramos en un momento crucial. Estamos sintiendo la fuerza de las condiciones climáticas extremas, la pandemia de covid-19, los conflictos bélicos, el aumento de precios de combustibles, materias primas, alimentos... Esto es una constatación de que el sistema neoliberal y la agricultura industrial han fracasado. Porque, aunque cada vez se produce más comida, cada año hay más personas que se mueren de hambre, más personas con problemas alimentarios y más desperdicio de alimentos.

La alimentación es un derecho, recogido en la Declaración de Derechos Humanos. Por lo tanto, en primer lugar, debemos exigir que se deje de especular con ella. Necesitamos gobiernos que limiten el poder de las grandes empresas, para garantizar que las personas vivamos dignamente.

Tenemos que resituarnos y poner la vida en el centro. Y, para ello, hay que mirar atrás, ver cómo durante siglos la humanidad ha sido capaz de mantener la vida y al planeta, pero con una visión de hoy. Debemos tomar conciencia de que nuestros hábitos deben cambiar, como parte

consumidora y como parte productora. Hemos sido cómplices y víctimas del sistema neoliberal y ahora tenemos que volver a tejer la red que nos sostenía.

Como parte consumidora, debemos dejar atrás el consumismo para realizar un consumo consciente: conocer qué comemos, de dónde procede y en qué condiciones se ha producido para que eso mejore. Como parte productora, demandamos facilidades para la transición a modelos más sostenibles, para seguir produciendo alimentos en el medio rural, con servicios públicos dignos, para proteger nuestros recursos y el derecho a decidir qué, cómo y en qué condiciones producimos. En definitiva, con soberanía alimentaria y justicia social. Y este modelo solo es posible con la producción familiar, con hombres y mujeres dando vida y alimento desde los pueblos.

Ángeles Santos
 Ganadera e integrante
 de la ejecutiva nacional de COAG

Una suma de estrategias

La primera cuestión que me viene a la mente al pensar en una movilización rural hacia la agroecología es la gran complejidad y la multitud de aristas que podemos encontrar. Tengo el convencimiento de que no consiste en buscar una estrategia sencilla, es más una suma de varias, que implica diferentes ámbitos y niveles. Creo que no deberíamos priorizar una estrategia ni desdeñar otras, aunque no las compartamos en su totalidad. Tan crucial es el papel de quienes cuidan de las semillas tradicionales en sus huertos, como el de quienes presionan en despachos y parlamentos para que las instituciones no permitan su privatización.

En todos estos ámbitos, encontramos compañeras y compañeros que nos muestran que es posible cuidar de la tierra y de nuestros cuerpos, recuperar variedades y razas locales, asegurar relevo e incorporarse con éxito a la actividad agraria. También hay personas que acompañan de alguna manera a quienes lo hacen. Contamos con quienes enfocan sus investigaciones poniendo al campesinado a su lado, y no dentro de una placa de Petri, o quienes trabajan por una transferencia de los saberes más horizontal y humana. Tenemos

ejemplos de quienes tragan carros y carretas cuando se sientan a negociar una nueva ley para que camine hacia objetivos compartidos.

Me parece crucial, entonces, visibilizar todas estas iniciativas, comprender su interdependencia, para que sumen entre sí y sumen a más gente. También necesitamos huir de enfrentamientos equivocados, lastres que puedan generarse por diferencias de velocidad, ámbitos de trabajo o estrategia.

Caminar hacia la soberanía alimentaria comprende inexorablemente un cambio sistémico. Significa cambiar el enfoque agrario de producir mercancías para mercados a asegurar el derecho a una alimentación digna para las personas. Pero significa, ante todo, cambiar la manera de relacionarnos con el planeta y entre las personas. Tal vez nos viniera bien parar un momento nuestra tarea, mirar al lado y preguntar a quien tenemos allí: ¿cómo estás?, ¿qué necesitas?

Juan Clemente
Activista por la soberanía
alimentaria en el País Valencià

Cómo organizar este cambio

Históricamente, los cambios se han producido desde las mayorías o desde entidades o sujetos de poder y en situaciones de crisis profundas, sistémicas. Actualmente, la población que se dedica a la agricultura en occidente está por debajo del 5 % (siendo generosos) y en algunos países muy por debajo de ese porcentaje. Si tenemos en cuenta que, de ese pequeño porcentaje de la población, una parte minoritaria está a favor de la agroecología, la población dispuesta a actuar como una palanca transformadora es claramente minoritaria. Así que, desde mi punto de vista, el cambio no vendrá por aquí. Siento ser pesimista en este aspecto.

En mi opinión, el cambio hacia la agroecología será debido y catalizado por la crisis energética y de recursos. Y lo será por el desmoronamiento de la agricultura convencional y de su modelo productivo, que se harán insostenibles por el aumento de precio de la energía y de los insumos,

por lo que la única salida será la agroecología. Lo fundamental es cómo seremos capaces de organizar este cambio para que sea justo desde una perspectiva social. Ahí es donde el mundo rural debe jugar un papel importante.

Pienso que estamos en la antesala de un cambio de modelo económico y los grandes fondos y las grandes fortunas se están preparando para ello, adquiriendo grandes cantidades de tierra cultivable, que estarán en muy pocas manos. Esto debe encender nuestras alarmas y debe preocuparnos. El agua será el otro caballo de batalla. Es nuestro deber denunciarlo e intentar concienciar a la sociedad para que no volvamos, en un futuro, a sociedades de tipo feudal, con señores y siervos.

Miquel Coll
Presidente de la Associació de Producció Agrària
Ecològica de Mallorca (APAEMA)

Rescatar valores

Toda transformación hacia un cambio real requiere de procesos previos de concienciación sobre lo que queremos o necesitamos cambiar. Está claro que estamos ante una situación de continuas crisis existenciales: la climática, la sanitaria, la social y, en definitiva, la humana. Es precisamente la crisis humana generada por la falta de valores la que nos está desconectando de lo que verdaderamente somos, naturaleza, y la que nos impide valorar la importancia de lo que comemos, el lugar que habitamos o toda la sabiduría que nuestros mayores han ido depositando cuidadosamente, sobre todo en los entornos rurales.

Por tanto, es de vital importancia comenzar rescatando valores como el respeto, la humildad, la empatía y la honradez, que han sustentado territorios, comunidades, paisajes... Valores traídos e instaurados por personas comprometidas con lo que hoy conocemos como soberanía alimentaria. ¿Con qué mundo rural nos encontramos? Hemos de reconocer que los entornos naturales, que han sido los que han aportado identidad al lugar y a las personas a lo largo de la historia, se encuentran muy degradados; que su estilo de vida, con una economía local y sostenible, ha dado paso a uno más globalizado e insostenible. Todos estos factores han traído consigo la pérdida de su soberanía alimentaria.

En nuestro caso, este preocupante panorama nos hizo tomar conciencia de la importancia que supone cada pequeña acción, así que decidimos cambiar nuestras vidas si queríamos realmente

dejar algo mejor a las generaciones venideras. Tenemos muy presente que el hecho de haber nacido ya nos hace tener un compromiso con la vida, en el más amplio sentido (con las personas, los animales, las plantas..., en definitiva, con la naturaleza) y por eso empezamos por el cuidado de la tierra, la que nos alimenta y sostiene. Teníamos que cultivar de manera respetuosa con el medio ambiente y que el cultivo fuera fuente de salud para las personas, que nuestros alimentos fueran democráticos, bajo ningún concepto productos de élite, sino accesibles a toda la población. Y todo ello bajo una mirada de respeto profundo a los saberes rurales, rescatándolos y dignificándolos.

Ahora bien, es necesario que se produzca una movilización rural, pero para ello la conciencia individual de las personas que la conforman tiene que estar necesariamente consolidada e integrada; pues, en caso contrario, todo movimiento está sujeto al fracaso y consecuentemente a no cumplir con sus objetivos. Después de todos estos años, a pesar de las dificultades que este estilo de vida (a contracorriente) trae consigo, seguimos convencidos de que tenemos que continuar en ello, pues creemos que no hay otro futuro posible.

Olga Durán
Campesina agroecológica del proyecto Viviendo
en el Campo (Vejer de la Frontera, Cádiz)



Necesitamos
gobiernos que
limiten el poder
de las grandes
empresas.

Una movilización de toda la ciudadanía en torno a la comida

Un proceso transformador del sistema alimentario que tenemos hoy en día sería posible si toda la ciudadanía se uniera en torno a la comida, a esa necesidad básica que tenemos y que practicamos tres veces al día quienes podemos. Esta revolución debería tener como punta de lanza a las personas productoras y a quienes viven en el medio rural, por este orden, ya que son quienes nos alimentan y cuidan los agroecosistemas donde se producen los alimentos que llegan a nuestras mesas.

Para iniciar un proceso de estas características, sería prioritario acercar la figura de productores y consumidores, así como lo urbano y lo rural. Aunque percibo que estamos en un momento en que hay una cierta simpatía, quizás un poco romántica, hacia la gente de los pueblos y los agricultores, esta no se ha traducido en un apoyo directo de la vida en el campo. Canalizar esto en algo más transformador sería fundamental.

Por otra parte, me atrevería a decir que existen un par de asuntos que más pronto que tarde estarán en el panorama político actual en forma de protestas, el precio de la gasolina y el de la cesta de la compra. Estas cuestiones pueden ser claves para iniciar un cambio de sistema. La agroecología debe ser parte importante de las soluciones y debemos ser capaces de acompañar el proceso sin ningún tipo de complejos y poniendo en lo alto de la mesa nuestros fundamentos. En este sentido, debemos actuar con acciones concretas en temas sencillos del día a día que se acerquen a la realidad que vivimos. Alejarnos de tecnicismos y estructuras, y basarnos en las pequeñas experiencias humildes y sencillas como la vida del campesinado. Como se dice en mi pueblo, «poquito y bien peinao».

Cristóbal González
Integrante del proyecto Extiércol
(Cuevas del Becerro, Málaga)

Reclamar la tierra

¿Qué movilización necesitamos? Sin saber cómo responder a una pregunta tan importante, sí que sé qué es lo que no debemos hacer. En Huelva, por ejemplo, encontramos movilizaciones agrarias de organizaciones que dicen representar a la «agricultura familiar» y que exigen que se les resuelvan problemas como la subida del precio de los insumos para seguir trabajando en un modelo de monocultivos de exportación que es totalmente perjudicial para la tierra y para quienes la trabajan. Los discursos mayoritarios siguen insistiendo en que la economía que generan, en nuestro caso los frutos rojos, equivale a progreso, puestos de trabajo, futuro... cuando esto, como estamos viendo, es falso. Además, ¡nos estamos quedando sin agua!

Por eso, ¿lo primero no es pensar para qué necesitamos la tierra, cómo cuidarla? Debemos priorizar el reclamar la tierra para todas las personas que quieran trabajarla cuidando de ella para abastecer las necesidades alimentarias de

la gente del territorio, no para hacer negocio. En segundo lugar, hay que demostrar que existe otro relato, otras alternativas. De esta manera, además, conseguimos un empoderamiento de la población jornalera para no aceptar los abusos a los que se ven sometidos en las campañas.

Porque en un colectivo como el nuestro no solo hablamos de derechos laborales, sino de ecología, de antirracismo. Como no vemos voluntad política en cambiar las cosas, hay que encontrar complicidad con el resto de la sociedad, que entienda que la explotación laboral y de los recursos (arrasados con pesticidas), sumada a la situación climática actual, nos afecta a todas. Hay que buscar trabajos dignos que den seguridad a la gente que quiere vivir en los pueblos.

Ana Pinto
Integrante de Jornaleras de Huelva en lucha

EN PIE DE ESPIGA

José Ferreira Matos

Colonización, libre comercio y conflictos armados

CONSECUENCIAS PARA LOS SISTEMAS ALIMENTARIOS EN ÁFRICA

Los conflictos internos internacionalizados que se extienden por la mayor parte de los países del África subsahariana no son guerras ni civiles ni étnicas, sino neoimperialistas. Sirven para controlar recursos como el gas, el oro, los diamantes o la goma arábiga, pero, también el trigo, el maíz y la soja. Para que exista comercio internacional de alimentos, ¿es necesario que los países africanos pasen hambre y que vivan permanentemente en guerra?

Como señala Walden Bello en *Food Wars* (Virus Editorial, 2012), la agricultura africana es un caso de estudio de cómo los principios económicos doctrinarios vigentes desde finales de la década de 1970 pueden destruir la base productiva de todo un continente. Coincidiendo con la descolonización, en los años 1960, África no solo era autosuficiente, sino que, de hecho, era un exportador neto de alimentos, con una media de 1,3 millones de toneladas al año entre 1966 y 1970, entre los cuales cabe destacar el trigo y la harina de trigo, cebada, maíz, azúcar, naranjas, plátanos, cacahuetes y aceite de cacahuete, almendras de palma y aceite de almendras de palma, café y cacao. Las causas de la profunda crisis que vive la agricultura africana desde los años 1980 responden a múltiples factores, el principal es la eliminación progresiva de los controles

gubernamentales y de los mecanismos de apoyo, consecuencia de los programas de ajuste estructural a los que fueron sometidos la mayoría de los países africanos a cambio de la ayuda del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial para el pago de su deuda externa. Son muchos los ejemplos, como el caso de Somalia en 1991, que permiten entender cómo estas políticas impuestas acabaron provocando el colapso del estado en favor de los intereses del capitalismo global.

Disturbios del FMI

Las crisis alimentarias de 2007-2008 y 2010-2011 generaron una amplia variedad de investigaciones sobre la relación entre el aumento de los precios de los alimentos a nivel mundial y el aumento de la violencia política bajo la forma de las denominadas «revueltas del hambre» ('food

Los Estados fallidos son una consecuencia del propio fracaso de la estrategia neoliberal en África.

riots'), que suelen ocurrir en los países pobres. El riesgo de conflicto civil, es decir, interno a las propias sociedades, aumenta siempre que se incrementan los precios internacionales de los alimentos, algo externo a las sociedades. De este modo, las revueltas provocadas por la subida de los precios de los alimentos —sobre todo, en los países de África— no son episodios intrínsecamente africanos, sino un ejemplo más de lo que significa depender de los intereses del capitalismo global, en concreto de la volatilidad del mercado de futuros de Chicago.

Precisamente, en las oleadas de protestas que vivieron algunos países como Argentina, Egipto, Costa Rica o Sudáfrica a lo largo de las décadas de 1980 y 1990, el sintagma «revueltas del hambre» fue reacondicionado al término «disturbios del FMI» ('IMF riots'). Era la forma de expresar que la escasez de alimentos causada por la falta de cosechas, pese a que no era responsabilidad total del FMI, sí que era el resultado de las políticas que había implementado esta institución. Como explica un informe publicado por el propio Grupo de Evaluación Independiente (IEG, por sus siglas en inglés) del Banco Mundial, en 2007, coincidiendo con la primera crisis alimentaria mundial del siglo XXI, en la mayoría de los países donde se implementaron dichas reformas, como Kenia, Senegal o Camerún, el vacío del Estado lo

ocuparon otros actores nacionales, regionales o transnacionales, como fuerzas militares extranjeras o diversas sucursales y sucedáneos del Estado Islámico de Irak y el Levante (ISIS) o Al Qaeda.

Así pues, con el reconocimiento del vaciamiento del Estado o de su debilitación, se abrió una etapa de ciclos de guerra en el África subsahariana, especialmente en el Sahel, esa franja que cruza transversalmente todo el continente africano desde el Atlántico hasta el mar Rojo. Fue, precisamente, durante las décadas de 1980 y 1990, con los programas de liberalización económica del FMI y el Banco Mundial, cuando surgió el «señor de la guerra», una figura pionera en la creación de vínculos con el mercado global y el uso de empresas extranjeras como medio para imponer la autoridad local y expoliar los recursos y tierras africanas.

Los Estados fallidos son una consecuencia del propio fracaso de la estrategia neoliberal en África. Un fracaso que se reitera en iniciativas recientes, como la Alianza para la Revolución Verde en África (ACRA, por sus siglas en inglés), patrocinada por la Fundación Bill & Melinda Gates, cuyos esfuerzos, bajo la Alianza para la Transformación Agrícola Inclusiva en África (PIATA, por sus siglas en inglés), a lo largo de los últimos 15 años en 11 países africanos, parecen no haber alcanzado el tan esperado aumento de la producción agrícola y, consecuentemente, aumentar los ingresos de los agricultores. En medio de tanta Revolución Verde, parece no haber cabida para lo más básico: una reforma agraria en beneficio de la población campesina y de la soberanía alimentaria.

Conflictos del presente

Con toda esta suerte de antecedentes, la mayor parte de los países de África —como Malí, Burkina Faso, Níger, Chad, Camerún, República Centroafricana, Sudán, Somalia y Kenia— se encontraban, en julio de 2021, en alguna de las fases más críticas de inseguridad alimentaria y, además, sufrían algún tipo de conflicto armado interno, relacionado con las actividades de milicias yihadistas del Estado Islámico (ISIS) y Al Qaeda. Pero también contaban con una importante presencia militar extranjera, asociada, por una parte, a la presencia de milicias, pero también a la abundancia de deseados recursos naturales y la competencia global entre grandes potencias. El reconocimiento explícito de la funcionalidad de África en el mercado geopolítico entre potencias

lo dio la embajadora de Estados Unidos ante las Naciones Unidas en octubre de 2022, cuando acusó a los mercenarios rusos del Grupo Wagner (PMC Wagner) de explotar los recursos naturales en la República Centroafricana, Malí, Sudán y otras partes de África para ayudar a financiar la guerra de Rusia en Ucrania.

En un informe del 2015 sobre la prospectiva de la seguridad alimentaria global hasta 2025, la Comunidad de Inteligencia de EE. UU. advirtió que las subidas de precios de los alimentos en 2007-2008 y 2010-2011 habían llevado a que algunos gobiernos intentaran reducir su dependencia del mercado mundial de alimentos, creando restricciones comerciales, persiguiendo objetivos de autosuficiencia e implementando programas sociales y reformas agrarias. El mismo informe concluía que aun así aumentarían las formas menores de conflicto y tensión, como los enfrentamientos a pequeña escala entre agricultores y pastores, y acciones de grupos terroristas, paramilitares u organizaciones criminales internacionales que pretenden aumentar su control sobre las fuentes de alimentos. Pero si estos grupos u organizaciones pretenden controlar la producción alimentaria, ese mismo control conduce a la desestabilización del territorio, visible en los movimientos de desplazados y refugiados forzosos, la mayoría de ellos, campesinos que han perdido la capacidad de cultivar sus tierras.

Guerras desinstitucionalizadas

Precisamente, para proteger sus medios de vida y su seguridad alimentaria, es normal que la población coopere —de forma más o menos voluntaria o coercitiva— con los grupos armados. Sería el caso de los pastores del este de Níger, así como de otras partes del Sahel, que, frente a la escasez de recursos, los depredadores del Estado y la violencia de diversos grupos paramilitares, llegan a acuerdos con los grupos armados yihadistas para acceder a las zonas de pastoreo. De igual modo, en Malí, los pastores se han unido a los grupos yihadistas, no tanto por ideología, sino por décadas de marginación política por parte de las instituciones del Estado.¹ La forma en que los grupos armados afrontan la producción de alimentos es un indicador significativo de su relación con

1. Benjaminsen, T.A., Ba, B. (2018): *Why do pastoralists in Mali join jihadist groups? A political ecological explanation*. *The Journal of Peasant Studies*. Vol. 46. Número 1 (2019).

las comunidades locales: si el saqueo refleja un desconocimiento de la seguridad de los medios de vida de la población, colaborar para garantizar la producción de alimentos puede interpretarse como un interés del grupo armado por establecer una relación duradera con las comunidades.

Lo que todas las guerras históricas en África tienen en común, tanto las guerras de liberación o de unificación o secesión del siglo pasado como las actuales, es que son guerras para controlar o construir el Estado nación, en la medida en que son la manifestación de la dificultad de conciliar espacios institucionalizados (Estado) y espacios imaginarios (nación), razón por la cual las guerras no son enfrentamientos entre Estados para defender sus naciones, sino entre comunidades imaginadas que se enfrentan a un determinado poder —la mayoría de las veces centralizado— para reivindicar un Estado. En el caso de las guerras actuales, se habla de guerras civiles internacionalizadas porque las fuerzas en conflicto —tanto las que representan lo que queda del Estado como las rebeldes que lo desafían— dependen de potencias extranjeras para el suministro de armas, apoyo logístico y financiero.

En estas guerras no hay frentes de batalla, ni campañas, ni bases, ni uniformes, ni honores militares exhibidos públicamente, ni respeto por los límites territoriales de los Estados; no hay estrategias ni tácticas establecidas. Son guerras «desinstitucionalizadas» en las que las víctimas son, en su mayoría, civiles, generalmente pertenecientes a familias rurales pobres. Son conflictos cuyo objetivo es penetrar en los hogares, las familias y en todo el tejido de las relaciones sociales, generando desmoralización y parálisis. Y son guerras prolongadas porque la condición del Estado, y la relación de este con sus comunidades y pueblos constituyentes, no se ha resuelto con la descolonización. No en vano, se les llama conflictos intraestatales internacionalizados, porque los supuestos estados débiles o fallidos —donde esas guerras tienen lugar— no aparecieron por casualidad, sino que emergieron del colonialismo.

Futuro pluscuamperfecto

La FAO estima que, hasta 2025, el 20 % del aumento de la producción agrícola, en torno a 450 millones de toneladas adicionales de producción de cereales y semillas oleaginosas, provendrá de la utilización y expansión de nuevas tierras de cultivo. La mayor parte de esta expansión tendrá

Volver a casa para retomar la actividad agrícola

Antes, todo el centro de Malí, el delta interior del río Níger, que hoy es un territorio inseguro, era una tierra de abundancia, fértil, con agua y con mucho ganado. Hoy, sus pueblos, que se encuentran en medio de dos fuegos, son saqueados o incendiados y en ocasiones acusados de formar parte del bando contrario. Los grupos armados han robado gran parte del ganado y de las cosechas. La gente del campo lo ha perdido todo y ahora son personas desplazadas que no saben cuándo podrán volver a sus tierras, a producir, a tener paz. Cuando estás obligado a dejar la tierra se pierde todo. ¡No puedes desplazarte con la tierra! Se pierde la dignidad, el honor.

Otro problema grave de esta crisis es la gestión de la escuela. Debido a la situación, el estado no envía ni funcionarios ni maestros para la educación ni para la salud, lo que provoca que desde hace un tiempo no haya un sistema educativo. Es toda una generación de niños y niñas que no tendrán la posibilidad de tener una formación. Asimismo, las mujeres embarazadas tienen muchos problemas para acceder a una asistencia sanitaria mínima y no se pueden desplazar a zonas más seguras. Esto supone un riesgo que pone en peligro sus vidas. Sin embargo, hay resiliencia y fuerza para hacer frente a esta situación. Somos gente preparada para reconstituirse y volver a casa para retomar la actividad agrícola.

Ibrahim Coulibaly, campesino e integrante de la Coordinación Nacional de Organizaciones Campesinas de Malí

lugar en América Latina y, obviamente, en el África subsahariana. Para justificar y abrirse paso al uso de estas tierras para fines agrícolas, los discursos actuales se escudan, una vez más, en argumentos técnicos. Es el caso de la iniciativa «1000 Aldeas Digitales», patrocinada por la FAO, que pone las soluciones en el uso de innovaciones tecnológicas. O de proyectos financiados por la Unión Europea y EE. UU. que abanderan la «resiliencia» y la investigación en los cultivos menores, aquellos que no se venden generalmente en el mercado mundial de alimentos y que se consumen localmente. Se trata de un cambio significativo en relación con lo que Frederic C. Benham, uno de los principales referentes neoliberales de la década de 1950, defendió en la conferencia de la Sociedad Mont Pèlerin celebrada en Beauvallon, Francia, en 1951:² el principal camino hacia el progreso económico de los países subdesarrollados se basaría en el incremento de su producción por trabajador en la agricultura y en la especialización de la producción tradicional destinada a la exportación.

Pero este aparente cambio es solo un espejismo. Como los grupos armados paramilitares, yihadistas o comandos de operaciones especiales de antiguas y recientes potencias coloniales, el Banco Mundial seguirá determinando y

condicionando las estrategias alimentarias de África mediante la inversión privada en la productividad agrícola, transferencia de tecnología y asistencia financiera. Todas estas medidas pasan, invariablemente, por la erosión, descentralización o incluso la desaparición del Estado. En este sentido debe entenderse no solo la alerta lanzada a principios de abril de 2022 por el FMI y el Banco Mundial,³ que instaba a tomar una decisión sobre el destino de 23 países africanos que, dado su elevado nivel de endeudamiento, están literalmente al borde de la bancarrota; sino, principalmente, la propuesta formulada en julio de 2022 por el economista jefe de la FAO, Máximo Torero, que afirmaba que el FMI podría tener un papel determinante en el programa de la agencia de la ONU —Food Import Financing Facility (FIFF, por sus siglas en inglés)—, destinado a ayudar a los países más pobres a comprar alimentos.⁴ Como era de esperar, de nuevo se trata de planteamientos que defienden que la seguridad alimentaria depende más del comercio internacional que de la autosuficiencia. ●

José Ferreira Matos

3. Fondo Monetario Internacional (2022): *Climate Change and Chronic Food Insecurity in Sub-Saharan Africa* (septiembre de 2022).

4. <https://imfpodcast.libsyn.com/maximo-torero-cullen-on-the-looming-food-crisis>

2. Mirowski, P., Plehwe, D. (2009): *The Road from Mont Pèlerin. The Making of the Neoliberal Thought Collective*. Harvard University Press (2009).

MANIFIESTO AGROECOLOGÍA

BARBARIE

SOBRE CÓMO NOS MALTRATA LA AGROINDUSTRIA

Quienes elaboramos este manifiesto consideramos necesario afirmar, una vez más, nuestro compromiso decidido por alcanzar una sociedad más justa y solidaria. En el actual contexto de cambio climático y crisis alimentaria global es fundamental garantizar los derechos de las campesinas y campesinos y la Soberanía Alimentaria de los pueblos.

Durante las jornadas «Agroecología o barbarie: como nos maltrata la agroindustria», convocadas en junio por el Grupo de Trabajo de Migración y Trabajo Rural de la Coordinadora Europea de La Vía Campesina (CEVC), pudimos analizar las terribles consecuencias del modelo agroindustrial de producción alimentaria, un negocio que no deja de expandir descontroladamente su poder, amenazando cualquier posibilidad de disfrutar de una vida digna en nuestros territorios.

La agroindustria tiene múltiples impactos negativos que afectan de un modo irreparable a la salud de las personas y de los ecosistemas, contando con el consentimiento cómplice de nuestros gobiernos y el desconocimiento mayoritario de la sociedad. Además, impide y destruye toda posibilidad de desarrollo de una economía campesina en el medio rural, se apropia ilegítimamente de nuestros bienes comunes y considera que todos los seres vivos que formamos parte de la naturaleza somos mercancías de las que puede disponer a su antojo para seguir engordando sus ganancias de una manera ilimitada.

Por todo ello,

DENUNCIAMOS QUE:

- La Agroindustria es el producto de décadas de políticas neoliberales promovidas por el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial del Comercio (OMC). El desarrollo de la economía capitalista ha generado una forma de neofeudalismo y acumulación de poder, cuya estrategia de expansión consiste en el acaparamiento de tierras, que dejan de estar al servicio del bien común para privilegiar los intereses económicos de un número muy limitado de corporaciones transnacionales (como Surexport, Driscoll, etc.).
- La Agroindustria reproduce los roles del patriarcado, ejerciendo violencia directa sobre las mujeres, sobre todo para las que se encuentran en situaciones de máxima vulnerabilidad.
- El Agronegocio es un modelo colonialista y racista, que se aprovecha impunemente de las personas migrantes y de todas aquellas que se encuentren en situación de indefensión por cualquier tipo de circunstancias. Sus beneficios son fruto de la explotación esclavista de la mano de obra en

condiciones laborales infrahumanas, el abuso sin escrúpulos de las personas trabajadoras y el incumplimiento sistemático de los derechos humanos más fundamentales.

- El Agronegocio es una actividad industrial manejada por un oligopolio de transnacionales que incrementan dramáticamente la desigualdad entre los países del Norte y del Sur global, generando conflictos y violencia y condenando a la inmensa mayoría de la población mundial a vivir en situaciones de penuria, hambre y un enorme sufrimiento.
- La Agroindustria consume una cantidad excesiva de agua y agota los acuíferos de los que dependemos todos los seres vivos, destruyendo el equilibrio y la biodiversidad de los ecosistemas y aumentando gravemente la proporción de la población que ve restringido su acceso a un bien tan imprescindible.
- La Agroindustria emplea toneladas de fertilizantes químicos y agrotóxicos, envenenando la tierra que habitamos, el agua que bebemos y el aire que respiramos.
- La Agroindustria es la mayor causa de deforestación en el planeta y genera las condiciones necesarias para el desarrollo de las zoonosis, la extinción masiva de insectos polinizadores, o los incendios que asolan nuestro medio rural, entre otros.
- La Agroindustria realiza un consumo intensivo de energía en forma de combustibles fósiles, produciendo una gran cantidad de emisiones de CO₂, agravando la crisis climática y contribuyendo al calentamiento del planeta. Además, también genera muchos otros tipos de residuos como: plásticos, purines, antibióticos, etc., que son liberados sin control e invaden numerosos hábitats de incalculable valor, colapsándolos y convirtiéndolos en zonas de sacrificio irreversibles.
- La Agroindustria ejerce una sobreexplotación del suelo que es su mayor causa de degradación a nivel mundial, erosionando su fertilidad y haciéndolo más vulnerables a la desertización.
- La Agroindustria expulsa al campesinado de sus hogares y de sus territorios, destruyendo a las comunidades rurales y agrarias, su cultura, sus conocimientos y su capacidad para producir alimentos nutritivos y saludables mientras cuidan del hábitat con un adecuado manejo de los agroecosistemas.
- La agroindustria fomenta la exportación de alimentos a largas distancias, destruyendo los circuitos cortos de la producción y el consumo local e incrementando los flujos internacionales de transporte de mercancías que aumentan la huella ecológica del sistema alimentario.
- La Agroindustria se apropia de la mayor parte de los beneficios generados en la cadena de valor, domina y controla los mercados de la distribución alimentaria y la producción de insumos y maquinarias, imponiendo precios y condiciones abusivas que afectan a la viabilidad económica de la actividad agraria más sostenible, generando dependencia de sus tecnologías y reduciendo peligrosamente la variabilidad genética de las especies vegetales y animales de las que nos alimentamos.
- La Agroindustria favorece dietas y hábitos alimentarios inadecuados, inundando el mundo con ingentes cantidades de productos ultraprocesados que contienen altos niveles de grasas, azúcares y proteína animal, siendo la principal causa del aumento de la obesidad, el cáncer y otros muchos tipos de afecciones graves para la salud, cada día más extendidas entre la población.
- La Agroindustria ejerce una poderosa influencia sobre los órganos e instituciones que deciden las políticas agroalimentarias, vulnerando la soberanía de los pueblos y degradando vergonzosamente la calidad democrática de nuestros sistemas de gobernanza.
- El Agronegocio impone un régimen alimentario global condicionado por las lógicas de mercado para extraer beneficios económicos y por su absoluta dependencia de los combustibles fósiles, condenándonos a una inseguridad alimentaria permanente que pone en constante riesgo la reproducción de la propia vida.



Participantes en el encuentro «Agroecología o Barbarie» celebrado en junio de 2022 en Santiago de Compostela. Foto: Sindicato Labrego Galego

DECLARAMOS QUE:

- La agroecología campesina es la única que realmente puede alimentarnos mientras cuida de las personas y del planeta, permitiendo su conservación para las generaciones futuras. La agroindustria amenaza peligrosamente la posibilidad de lograr estos objetivos. Son dos modelos definitivamente incompatibles, que no pueden coexistir.
- Exigimos una transformación radical del sistema agroalimentario mediante políticas públicas que dejen de estar al servicio del capital y operen a favor de la vida, la democracia y la justicia socioambiental.
- Exigimos el apoyo de las políticas públicas al desarrollo de la agroecología y de otras alternativas para la reducción del consumo energético y de materiales en los procesos productivos, fomentando además el incremento de la producción y la distribución local de alimentos.
- Exigimos el cumplimiento efectivo de los artículos aprobados en la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Campesinos y Campesinas y Otras Personas que Trabajan en las Zonas Rurales (UNDROP).
- Exigimos la regularización inmediata de la población migrada que vive en nuestro territorio en situación irregular y que se respeten los derechos de todas las personas que trabajan en la cadena alimentaria, garantizando unas condiciones laborales y de vida dignas, sin excusas y sin excepciones. Así como el cumplimiento efectivo del derecho humano a una alimentación adecuada (DHAA), que no puede depender de la voluntad del mercado.
- Exigimos el fin inmediato de toda forma de violencia patriarcal. La igualdad de género debe de ser un hecho constatable en todo momento y lugar.
- Exigimos el fin del maltrato al territorio y a los ecosistemas. El equilibrio y la biodiversidad deben ser cuidados activa y efectivamente, asegurando su sostenibilidad.
- Aún nos quedan dignidad y rebeldía suficientes como para alzar nuestra voz en defensa del bien común. Debemos organizar nuestra lucha para frenar la expansión de la agroindustria, porque es urgente, justo y necesario.

Por todo ello, invitamos a unirse a nuestra red a todas las organizaciones y entidades que defiendan la causa de la soberanía alimentaria, para sumar todas las fuerzas posibles y coordinar nuestras acciones de un modo más efectivo.

¡Agroecología o barbarie!
¡Globalicemos la lucha, globalicemos la esperanza!

FIRMA EL MANIFIESTO:



Si deseas ponerte en contacto, puedes comunicarte con nuestra red en la siguiente dirección:
agroecologiaobarbarie@mundo-r.com

«Es un peligro para vuestra tierra implantar la agricultura que se implantó en la mía»

Del 21 al 24 de junio, una delegación internacional de la Coordinadora Europea del movimiento campesino mundial La Vía Campesina (CEVC), se reunió en Santiago de Compostela (Galiza), hospedada por el Sindicato Labrego Galego (SLG). Además de otros colectivos sociales gallegos, hay que resaltar la participación de las organizaciones responsables de la campaña «Surexplotación fóra da Galiza», que denuncia los abusos laborales y el impacto medioambiental de la empresa andaluza de proyección internacional Surexport, ya establecida también en Galiza.

Las jornadas se abrieron con la contextualización de la secretaria general del SLG, Isabel Vilalba, que alertó sobre el expolio de recursos que suponen estas agroindustrias en contraposición al modelo territorial tradicional gallego. Reivindicó el minifundio como un sistema de articulación de tierra más equilibrado y orientado a la alimentación de la población.

En la jornada, se desgranaron y se trataron con todo detalle los peligros y amenazas que supone la instalación de la agroindustria en los territorios: acaparamiento de tierras, esclavitud laboral, racismo, expulsión del campesinado, violencia machista, contaminación de tierras y aguas, despoblamiento rural y, en definitiva, la aniquilación de un medio rural vivo en el que el campesinado pueda producir alimentos que cuiden de la salud de las personas y del planeta. Para ello se recogieron testimonios de personas como Laurent Vonwiller, de la organización suiza Uniterre, que situó las raíces del modelo agroindustrial en la propia agricultura colonial y destacó como cuestión central que los sistemas productivos distorsionan la orientación natural de las producciones alimentarias. También intervino Nina Gordillo, trabajadora en campos de recolección de frutos rojos y representante del Sindicato de Obreros del Campo-Sindicato Andaluz de Trabajadores (SOC-SAT), quien, dirigiéndose a las compañeras del SLG, afirmó «es un peligro para vuestra tierra implantar la agricultura que se implantó en la mía. Aquí aún podéis paralizar la expansión de estas industrias que vulneran los derechos humanos y destruyen el medio ambiente». Además, explicó, «no solo no respetan los derechos laborales, sino que sus aberraciones en zonas como Huelva llegan al punto del acoso sexual y las violaciones a las mujeres trabajadoras».

Pero también hubo tiempo para abrir el foco y resaltar el papel de las mujeres como dinamizadoras del mundo rural; analizar el conflicto entre capital y vida, presente de forma permanente en el modelo de alimentación industrial; debatir sobre la salud y los derechos económicos y sociales de las mujeres campesinas; y, para cerrar, volver al tema central, presentando el modelo de la agroindustria como una simple herramienta del capitalismo.

Como producto y continuidad de estas jornadas, se presenta ahora el manifiesto «Agroecología o Barbarie».

Paula Lubián Fernández y Miguel Pardellas Santiago

Ilustración de Xoana Almar (Cestola na cachola) para el libro Árbores que non arden.



¿Árboles que no arden?

REFLEXIONES SOBRE LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN LA PREVENCIÓN DE LOS INCENDIOS FORESTALES

Si revisamos nuestro imaginario sobre los incendios forestales, vemos pocas mujeres, parece un ámbito masculinizado. ¿Por qué no aparecen? La asociación Proxecto Batefogo, de Galicia, reflexionó sobre ello en su libro *Árbores que non arden* (Catroventos, 2019), que va por la segunda reimpresión.

Hace ya muchos años que no es novedad hablar de los numerosos incendios forestales que calcinan Galicia verano tras verano. Con años especialmente funestos (2006, 2017, 2022...), el creciente número de hectáreas quemadas a

medida que avanzan los meses y los paisajes de montes ennegrecidos, por desgracia, son ya parte de nuestra normalidad.

Paradójicamente, fue en uno de los veranos más relajados desde el punto de vista incendiario

A partir de la década de los cuarenta, las políticas forestales alteraron la gestión del territorio y los sistemas agroalimentarios.

—el de 2014, con apenas 624 fuegos y algo más de 400 hectáreas quemadas (llovió mucho)—cuando nació el Proxecto Batefogo.

Como otras muchas personas, ese año, como otros anteriores, quienes integramos el equipo del Batefogo nos dedicábamos a «arreglar el país» en la barra del bar, sentando cátedra sobre los responsables de los incendios y lo que habría que hacer para solucionar la situación. Y un día decidimos dar un paso más. Una conjunción de acontecimientos personales y laborales hizo que nos decidiéramos a iniciar el proceso de diseño de un proyecto que pudiera abordar el problema desde nuestros ámbitos de trabajo: el social y el educativo.

Desde ese entonces hasta el momento en que nos enfrentamos al reto de coordinar un libro sobre la participación de las mujeres en la prevención de los incendios forestales, lo que pasó fue que algo que no sabíamos aún identificar y comenzó a generar muchas preguntas sin respuesta... En el capítulo de presentación del libro *Árbores que non arden. As mulleres na prevención de incendios forestais* lo escribimos así:

En una panorámica superficial del mundo de los incendios, la presencia de mujeres resulta aparentemente anecdótica. Su visibilidad en los distintos escenarios del complejo puzzle que supone la problemática de los incendios forestales en Galicia es muy reducida; demasiado...

Hagan memoria de las noticias sobre la autoría de los incendios, de las imágenes de los servicios de extinción, de los comités de la administración autonómica o de los foros de debate sobre los incendios, la ordenación y la gestión del territorio. ¿Es que ellas no encienden? ¿No apagan? ¿No deciden? ¿No reflexionan sobre los incendios forestales, sus causas y consecuencias?

Así que nos pusimos a buscar compañeras de viaje con las que encontrar explicaciones a lo que estábamos viviendo en el Batefogo; y tuvimos la suerte de encontrar las mejores que una podría imaginar y acabar publicando un libro sobre el tema. Os contamos a continuación algunas de las ideas más relevantes que se recogen en él.

El punto de partida: los incendios como problema social

Hablar de incendios en Galicia, y en buena parte del resto de la península ibérica, es hablar de incendiarios «criminales» y «terroristas», de especies pirófitas como el eucalipto, de la necesidad de «ordenar» y «limpiar» el monte, de la falta de medios de extinción o, más recientemente, del cambio climático y el abandono del rural. Dependiendo del pregonero de turno, estos elementos cuentan con más o menos protagonismo; pero, en cualquier caso, es frecuente encadenar su mención a la exposición de soluciones igualmente tajantes: mano dura con los incendiarios, reforestar masivamente con otras especies, desbrozar el monte o «apoyar el rural»... Se trata de un ruido mediático que solo aparece con veranos o incendios catastróficos (como este de 2022) y que en raras ocasiones aborda la cuestión con la complejidad y el rigor que debería tener, por no hablar de los exabruptos negacionistas climáticos o la «señorial» defensa de un rural imaginario.

Sin eludir debates, con el proyecto Batefogo pretendemos orientar nuestro trabajo hacia los aspectos que consideramos estructurales en la poliédrica problemática de los incendios forestales: la desestructuración de las comunidades rurales, el escaso prestigio social del sector primario, el cambio de usos y la desvinculación emocional con el territorio, la masculinización de las actividades agropecuarias y forestales, el despoblamiento y envejecimiento del rural, etc.; aspectos estructurales de carácter eminentemente social.

Insistimos en esta idea de forma casi obsesiva: consideramos los incendios forestales como un problema fundamentalmente social y que, por tanto, debe abordarse con herramientas de intervención social; sobre todo, a través de la educación ambiental y la participación ciudadana.

Lo «social» se formula aquí no como excluyente de otras variables, como la ambiental, por ejemplo, sino como oposición al monopolio de lo «técnico» o exclusivamente «económico». Como reiteramos en el libro, aun cuando un incendio se produce

por causas naturales (una tormenta eléctrica) o por negligencias (es decir, sin voluntad expresa de provocar el fuego), la configuración del territorio, el tipo de aprovechamientos e incluso la respuesta de la población, por citar algunas variables, responden a claves sociales o socioeconómicas; por no hablar de los conflictos de intereses (entre particulares, especulativos, con la administración, etc.) que explican muchos incendios en origen.

Y si contemplar los incendios como un problema social resulta complejo, dar un paso más y analizarlo como una cuestión de género se convierte en un ejercicio de arriesgado equilibrio cívico...

Historia e historias de las mujeres y los incendios forestales

Preguntarnos por el papel de las mujeres en la prevención de los incendios nos remitía, en primer lugar, a buscar en el pasado explicaciones a un presente invisibilizado. En el primer capítulo del libro, Ana Cabana afirma que, igual que el resto de los espacios y territorios del rural gallego, el monte constituye un ámbito en el que se perciben históricamente las relaciones de género desiguales. De esta forma, la asignación de tareas relacionadas, primero, con las labores agropecuarias y, después, con la gestión forestal, recayó estructuralmente en los varones, relegando a las mujeres a un segundo plano. En la misma línea, María Ferreiro e Isabel Vilalba, del Sindicato Labrego Galego, hacen un repaso de las responsabilidades asignadas a las mujeres en las comunidades tradicionales; asociadas a la esfera reproductiva, sin reconocimiento ni remuneración, las mujeres labriegas gallegas eran las protagonistas radicales en la producción de alimentos para el consumo familiar, en la conservación de semillas tradicionales, en el cultivo de las huertas, en la cría de pequeños animales, en la elaboración de transformados caseros e incluso en los mercados en los que se vendían los excedentes.

Los procesos que acompañaron la transformación del sistema agroalimentario gallego, sobre todo a partir de la década de los cuarenta, perpetuaron una situación que llega a nuestros días. En una maniobra triplemente envolvente, las políticas forestales alteraron la gestión del territorio y los sistemas agroalimentarios; la industria y la ciudad —además de la emigración—, fagocitaron una mano de obra expulsada de sus comunidades; y la modernidad, como imaginario social predominante, se encargó de relegar a lo más

bajo cualquier atisbo de orgullo por el trabajo en el campo. María Novas y Sofía Paleo ahondan en este análisis llevando su mirada a la actual legislación de ordenación territorial: una carrera hacia delante en la que productividad, especulación y acumulación de capital van de la mano de forma inexorable.

Y, sin embargo, ellas estaban allí. En su texto, Lara Barros hace una reivindicativa revisión del papel de las mujeres, no solo en la vital esfera reproductiva, sino también en los numerosos actos de desobediencia y resistencia frente a los procesos de usurpación del monte comunal que abundan en la segunda mitad del siglo xx en Galicia, actos en los que el fuego se revela como una de las «armas de los pobres»¹ con las que desafiar el robo de tierras y su reforestación.

Concluimos, por tanto, que, además de sostener un sistema agroalimentario que, por su naturaleza, constituía un modelo de prevención activa, ellas también prendían (!) y lideraban luchas vecinales frente al modelo forestal actual. Todo ello invisibilizado, claro está...

Cuidados, comunidad y riesgo

Conocer y reivindicar la historia e historias de las mujeres en relación con la gestión del territorio y los incendios no solo es fundamental para entender el porqué de la situación actual. La identificación de prácticas y referentes pasados constituye la base sobre la que construir resortes de cambio adaptados a los contextos presentes. En esta línea, Bea Rodríguez-Morales se pregunta por la influencia de la desigual percepción en clave de género de los servicios ecosistémicos² a la hora de articular políticas de prevención. Y Conceição Colaço extiende los interrogantes a la percepción del riesgo: si las mujeres interpretan y valoran de forma distinta tanto lo que aporta el territorio como los riesgos que conllevan determinadas prácticas, ¿no habría que articular estrategias de prevención que reconozcan estas habilidades y potencien los lideratos femeninos en la gestión del monte?

Nuestra respuesta es claramente afirmativa, pero con un «pero» importante sobre el que nos pone en alerta Lola Ferreiro. No será posible

.....
1. Cabana Iglesias, Ana (2009). «A cultura do lume e os montes galegos. Aproximación a unha relación histórica». *Recursos rurais*, 5, 101-106.
2. Se conocen los servicios ecosistémicos como los múltiples beneficios que la sociedad obtiene de la naturaleza.

Aprendizajes en clave de género del proyecto Batefogo

El proyecto Batefogo busca una respuesta social y educativa para afrontar un problema que, hasta la fecha, se ha «gestionado» casi únicamente con medidas técnicas y económicas de dudoso éxito. Por eso, se plantea un triple proceso participativo, educativo y comunicativo para implicar a la población en el diseño y la implementación de medidas que compaginen de forma eficaz la prevención de incendios con la dinamización económica y social del medio rural.

Queríamos implicar a las mujeres en el proyecto, que vinieran a nuestros foros y participaran en nuestros debates, pero no nos dábamos cuenta de que lo estábamos haciendo desde estructuras y dinámicas completamente patriarcales. Aquí nuestras cabezas hicieron un nuevo «clic». Si las mujeres no estaban presentes, habría que buscarlas; habría que repensar los espacios, los tiempos y las formas de llegar a ellas; y habría que «cuidarlas» para que continuaran participando. A fin de cuentas, habría que generar una metodología de trabajo en clave ecofeminista que subvirtiera un contexto, una dinámica y una gestión abiertamente patriarcal. En eso estamos.

cambiar realmente la dinámica incendiaria con una maniobra en la que las mujeres «carguen» con más responsabilidades sin soltar peso. Si ya soportan el trabajo reproductivo, si ya son las auténticas cuidadoras de las comunidades donde viven, habrá que reivindicar sus acciones y apostar por un equilibrio de los roles y los cuidados. ¡Una auténtica despatriarcalización de la gestión del territorio!

Otros elementos del libro

Lógicamente, habría mucho más que contar del libro y de cada uno de los capítulos que contiene. Solo queremos apuntar un par de detalles más: sin tener la más mínima duda de lo valioso de las reflexiones de nuestras sabias compañeras de viaje en esta reflexión colectiva, consideramos también necesario incorporar la voz de las mujeres que hoy en día luchan por cambiar las cosas sobre el territorio. De esta manera, decidimos incorporar las voces de comuneras (Belén), ganaderas (Ermitas), agricultoras (Conchi), cooperativistas (Dora, Eva Sonia, Carmela) y activistas (Carla, Nela, Vanesa) que ya están apostando por otras formas de hacer y de vivir en el rural gallego.

Pero aún faltaba algo. Queríamos que el libro fuera una invitación; una invitación a leer,

agradable y divertida, también estéticamente. Una guinda para la que contamos con Xoana, y sus maravillosos dibujos, y con Andrea, con su cariñosa poesía.

Acabamos con las mismas líneas que escribimos para cerrar el libro:

Somos conscientes de que, con certeza, son muchas las autoras y los temas que quedaron en el tintero. Con este libro queremos también hacer un llamamiento a todas esas personas que están trabajando o que quieren trabajar en esta línea. Estamos convencidas de que el análisis en clave de género sobre los incendios forestales puede proporcionar muchas claves para enfrentar un problema que, seguro, en los próximos años, con la crisis climática, se convertirá, si no lo es ya, en una emergencia de enormes dimensiones.

Esperamos haber contribuido a comenzar a apagar los incendios con las palabras.

Paula Lubián Fernández y Miguel Pardellas Santiago

Asociación Proxecto Batefogo

—Para más información: proxectobatefogo@gmail.com

—Puedes conseguir el libro aquí: <https://catroventos.gal/produto/arbores-que-non-arden/>

VISITAS DE CAMPO

Carles Soler



Degustación de menú escolar agroecológico en el centro de Barcelona (octubre 2022). Foto: Menjadors ecològics

La urgencia de avanzar en cocinas colectivas agroecológicas

Desde hace tiempo, se insiste en el potencial que pueden tener las colectividades para transformar el sector primario a partir del enfoque del derecho a la alimentación, la agroecología y la soberanía alimentaria. ¿Cuáles son los impedimentos para que siga siendo una asignatura pendiente?

El sector de colectividades agrupa los servicios de elaboración y distribución de comida en comedores escolares, comedores sociales, hospitales, residencias, etc., muchos de ellos de titularidad pública y, por tanto, dependientes de la administración. Su gestión podría contribuir a transformar el sector primario si suministrarán alimentos de proximidad, de temporada, ecológicos y que garantizaran un precio justo a productores y productoras, algo que se ha demostrado viable económica y técnicamente e incluso se han elaborado propuestas de éxito para motivar que las licitaciones impulsen este modelo. A pesar de ello, salvo excepciones,

sigue siendo una asignatura pendiente de la administración pública.

Para que este sector se convierta en un motor de transformación del sistema alimentario es necesario buscar la complicidad entre todas las partes protagonistas de esta cadena y crear redes. En el caso de una escuela, hablamos de la producción de frutas, cereales o verduras; la elaboración de transformados, como pan, yogur o pastas; la ganadería o la pesca para carnes y pescados; el proceso de contratación y compra; la logística y el transporte de todos estos productos; la cocina que los transforma en el menú diario y, finalmente, la comunidad escolar donde

Dos experiencias de alianzas inspiradoras

Ecocentral: Central de compras que suministra alimentos ecológicos de proximidad a 88 escuelas de Catalunya, lo que supone unos 17.000 menús diarios. Trabaja con 50 fincas agrícolas de producción ecológica con las que pacta los precios antes del inicio del curso escolar.

Red Chef 2030: Está formada por 19 cocineros y cocineras de colectividades, con pasión por su profesión y motivación para construir un nuevo modelo alimentario más saludable y sostenible, su objetivo principal. Trabajan en red para compartir conocimientos y recetas, e imparten charlas y formaciones para facilitar la implementación del cambio de modelo y ampliar la red.

se ofrece. Una cadena de complicidad que va del campo a la escuela.

Asignatura pendiente

La estrategia es fácil y parece obvia: vincular el consumo de las cocinas colectivas con la producción local de alimentos. Con ello se gana en, al menos, tres aspectos. Por un lado, se lucha contra la crisis climática, al haber menor distancia entre el punto de producción y el de consumo; en segundo lugar, tendríamos alimentos más saludables, al usar menos fertilizantes e insumos en la producción agroecológica; y, por último, se garantiza el consumo de la producción cercana y se dinamiza el tejido económico y asociativo local, adaptado a las necesidades del territorio, ya que las colectividades garantizan la compra de alimentos de forma periódica y estable durante todo el año o gran parte de él. Si en nuestra zona se producen suficientes verduras durante todo el año, ¿por qué se siguen comprando verduras que se cultivan lejos y siguiendo sistemas que precarizan el trabajo del campo?

La alternativa existe, hay algunas herramientas que nos permiten avanzar hacia este modelo y tenemos experiencias inspiradoras. Tan solo nos hace falta que los hasta ahora proyectos piloto sean referentes para aumentar, de forma progresiva, el número de colectividades que apuesten por este modelo y se transformen en estrategias alimentarias territoriales. Para ello, es fundamental la implicación de los gobiernos y las administraciones de manera que exista un marco político, administrativo y técnico para que este modelo sea posible.

A nuestro entender, tras años de estudios y experiencias prácticas, y con la situación del sector primario cada vez más crítica, sigue sin existir

una estrategia alimentaria y agrícola que enlace los dos sectores. Las administraciones tienen la posibilidad de modificar los procesos de compra pública y licitación de suministros o servicios relacionados con las restauraciones colectivas. También tienen la obligación de garantizar la calidad del servicio. La compra pública alimentaria, que supone una cantidad considerable de presupuesto, es una de las mejores herramientas para impulsar cambios en la realidad socioeconómica y ambiental de nuestro país. Por una parte, puede generar las condiciones favorables para comprometerse con el campesinado y asegurar estabilidad y precios justos; pero, por otra, también puede reconocer e incentivar la profesionalización de la cocina y promocionar la dieta saludable para las personas usuarias del servicio.

Factores para considerar en la transición de comedores

En la transición agroecológica de las colectividades hemos de considerar los siguientes factores: 1) la accesibilidad a los alimentos que conforman el menú, que sobre todo tiene que ver con la capacidad de producción local, la logística de distribución y el suministro; 2) la ratio del personal de cocina adecuado para preparar las comidas, es decir, cantidad de personal y tiempo de dedicación; 3) la disponibilidad de una cocina suficientemente equipada para elaborar el menú, adecuándose a los criterios sanitarios oficiales; y 4) el coste económico del servicio. También es importante el acompañamiento de los diferentes agentes que participan en este proceso y su adaptación al cambio.

La competencia de la regulación de los comedores escolares es de las comunidades autónomas; así que cada una de ellas ha elaborado la



Degustación de menú escolar agroecológico en el centro de Barcelona (octubre 2022).
Foto: Menjadors ecològics

normativa y los reglamentos que definen este servicio (usuarios, modelos de gestión, organización, funcionamiento, etc.). Igualmente, una de sus competencias es fijar un precio máximo por menú, y es aquí donde nos encontramos con una gran disparidad de modelos de gestión y de precios. Desde casos en que las familias asumen el coste total del menú (como en Navarra y Catalunya) hasta modelos donde la administración autonómica asume parte del coste.

A la hora de diseñar una transición, una de las dificultades habituales es que muchas cocinas desconocen cuánto presupuesto se destina a la compra de alimentos (partida alimentaria) y también que su despensa no tiene en cuenta los factores de alimento fresco, variedad, temporada o producción local. Por ello, y antes de iniciar esta transición, es necesario entender la realidad de cada cocina y definir una estrategia adaptada a su contexto. Un primer paso es conocer la partida alimentaria, después confeccionar el menú y, de manera progresiva, introducir mejoras como el aumento de verduras de temporada (en cantidad y variedad), de alimentos de producción ecológica, trabajar con productores locales, etc.

1,75 € de gasto en alimentos por menú

Sobre el aspecto económico, en el curso 2022-2023, el Departament d'Educació de la

Generalitat de Catalunya ha establecido que el precio máximo de la prestación del servicio de comedor en las escuelas públicas es de 6,54 € por menú y día. En este precio está incluida la compra de alimentos, el coste del personal de cocina y del comedor, su funcionamiento, el beneficio de la empresa, impuestos, etc. Y de este monto la Generalitat de Catalunya recomienda destinar 1,75 € a la compra de alimentos.

Entonces, el reto es demostrar que con 1,75 €, una buena gestión de la despensa, un buen diseño de la estructura de menús con los alimentos recomendados y evitando el desperdicio alimentario, se puede hacer una apuesta por un menú ecológico, de temporada, de circuito corto y que se pague un precio justo a las personas productoras. Un menú que, además, recupere el disfrute del acto de comer y garantice el consumo adecuado de verduras, pero también de legumbres, sin caer en la moda de consumir proteína vegetal procesada.

El acompañamiento

Para hacer posible este reto, algunas entidades, como El Pa Sencer y Menjadors Ecològics, llevamos adelante procesos de acompañamiento. En Barcelona, colaboramos con cinco empresas gestoras de cocinas que trabajan en seis escuelas, lo que supone más de 2.500 menús diarios.

Gustavo Duch

¿Qué hay detrás de un menú agroecológico de colectividades?

A continuación, se presenta un ejemplo real de menú de un día. Se compone de una crema de verduras de temporada como primer plato y de segundo unos macarrones con una salsa hecha con lentejas, remolacha, zanahorias y cebolla. Podría tener los siguientes ingredientes:

1.º plato	Crema de verduras de temporada	
	Calabacín	40 g
	Chirivía	25 g
	Cebolla	20 g
Postre	Manzana	100 g

2.º plato	Macarrones «lentejosa»	
	Macarrones integrales	80 g
	Lentejas	40 g
	Zanahoria	60 g
	Cebolla	30 g
	Remolacha	20 g

Estas empresas forman parte de XAMEC, la Xarxa Agroecològica de Menjadors Escolars de Catalunya, y se abastecen de Ecocentral. Con ellas se está desarrollando Colectiva, un programa innovador para la gestión digital de comedores, cuyo objetivo es facilitar la gestión diaria de las compras, el diseño de los menús y las fichas técnicas, el control de la partida alimentaria y la producción en cocina, y garantizar la seguridad e higiene alimentarias. La innovación de este *software* permitirá vincular el consumo de las colectividades con el sector primario del territorio (red local de productores y productoras), en el caso de Barcelona con la central de compras Ecocentral. Al mismo tiempo, la cooperativa Esberla apoya a estas escuelas en los retos educativos y de sensibilización propios del comedor escolar con formación en facilitación de conflictos y discriminaciones, formación en conciencia ambiental y alimentaria, dinamización de menús participativos, etc.

Conscientes de la importancia de trabajar en red, diferentes entidades de la economía social y solidaria han combinado sus experiencias para crear La Marmita, una asesoría interdisciplinar destinada a dar servicio tanto a gestoras de colectividades como a la administración pública, con el objetivo de acompañarlas en esta transición agroecológica desde diferentes ámbitos: producción, cocina, nutrición, educación, participación, legalidad, etc.

Y mientras se siguen demostrando las ventajas y la viabilidad de este modelo transformador, no se entiende el motivo por el cual continúa habiendo barreras, dificultades y excusas por parte de las administraciones y los gobiernos. Una muestra de ello es el actual proyecto de Real Decreto por el que se establecen normas para el fomento de una alimentación saludable y sostenible en centros educativos, que está en proceso de redacción, pero en el que ya se identifica poca voluntad de cambio. Con la excusa de que no hay suficiente producción, solo se establece que al menos el 5 % del total de alimentos ofertados sea de producción ecológica y solo se obliga a que al menos el 45 % de las frutas y hortalizas que se oferten sean de temporada y de proximidad. No sabemos si será saludable; pero, en una época en la que está desapareciendo el campesinado y en pleno periodo de emergencia climática y energética, apostar por que el 55 % de las verduras no sean de temporada y se trate de alimentos kilométricos es toda una declaración de intenciones. Intenciones que en absoluto coinciden con las medidas urgentes que se deberían llevar a cabo. ●

Carles Soler

Cooperativa El Pa Sencer
y Asociación Menjadors Ecològics



El espacio que da refugio al proyecto.
Foto: Malaerba

PROYECTO MALAERBA

RECUPERAR OLIVOS Y LA VIDA SENCILLA

Os presentamos el proyecto Malaerba, que Alba Cebrián y Ferran Mestre llevan adelante en Benlloc (Castelló). Igual que hicieron con los bancales de olivos y almendros del abuelo de Ferran, su objetivo es establecer acuerdos de custodia con el vecindario para cuidarles la tierra y evitar que se acabe convirtiendo en eriales o en huertos solares.

Malaerba al rescate

Alba y Ferran viven en la casa que fue del abuelo, frente al cementerio del pueblo de Benlloc, en esas calles que al rato dejan de estar pavimentadas y se convierten en caminos que suben a las montañas del interior de Castelló. Lomas y barrancos cubiertos de olivos y almendros, excepto algunos algarrobos que fueron indultados durante la expansión de los dos cultivos mayoritarios. También, afeando el paisaje, un buen número de granjas porcinas cerradas después de algún boom y su correspondiente pinchazo.

Preguntarles por la casa, sentados junto al patio en el que picotean gallinas y patos bajo

frutales, entre los que destacan dos granados cargados de fruta, es la mejor manera de entender la motivación de este proyecto de recuperación de tierras. «La preocupación por el abandono de las tierras y el alejamiento del mundo rural me toca de muy cerca», dice Ferran, que explica a continuación que fue la generación de sus padres la que abandonó la tierra y el pueblo. A esta casa solo venían en verano y los domingos a comer paella con la familia, momentos importantes en la memoria de su infancia. Ahora, junto con Alba, ha recuperado la vivienda, la tradición agrícola familiar y la paella de los domingos. En el caso de ella, parte de



Alba recogiendo algarrobas.
Foto: Malaerba

su familia es de Andalucía, parte de Almassora, pero también vivió ese abandono de la agricultura: «Después de vivir en diferentes ciudades de Europa, como muchas personas de mi generación hartas de estudiar y de trabajos precarios, decidí buscar lo que mis abuelos me habían regalado cada verano. Ahora lo tengo».

La comarca de la Plana Alta, donde se sitúa Malaerba, conserva cientos de olivos milenarios en sus fincas. La experiencia de recuperar la tierra del abuelo de Ferran les hizo encontrar, hace dos años, el propósito del proyecto: recuperar otros campos abandonados, no solo por su valor patrimonial, también por reivindicar un modelo productivo basado en el cuidado y el amor a la tierra, dejando de lado la obsesión por la productividad y centrado en alimentar economías locales. «Porque lo que ocurre —nos cuentan— es que hay que encontrar la manera de generar alguna alternativa para esta tierra o estos árboles se arrancarán para adornar jardines de lujo».

La vida sucedía en el bancal

En estos años, Malaerba ya tutela casi una decena de fincas cedidas en el propio municipio de Benlloc y en otros tres pueblos colindantes. Y

lo hace a partir de diferentes modelos de acuerdo con sus propietarios que, o viven en la ciudad o son muy mayores para el trabajo agrícola. Alba explica, como ejemplo, uno de estos casos cargados de simbolismo. «Una amiga me habló de que su padre estaba pensando qué hacer con la finca. Es médico y vive en la ciudad a la que marchó reñido con el pueblo y con la tierra. No sabía qué hacer, incluso estaba dispuesto a atender ofertas para los huertos solares que amenazan el territorio. Cuando fuimos a hablar con él, antes de cedérmolas, nos preguntó: ¿Cómo vais a vivir de algo que está muerto? Pues ahora que se cumple un año, está tan contento con el proyecto que ha decidido comprar las tierras de su hermano, también heredadas y abandonadas, para cederlas a Malaerba».

A cambio de las cesiones, Ferran y Alba entregan garrafas de su aceite o, si los campos son muy productivos, también acuerdan un porcentaje de la cosecha. En cualquier caso, tienen claro que el objetivo de estas cesiones va mucho más allá. En el caso que nos acaban de contar, «algo le removió por dentro, que quizá responde a una reconciliación o reparación con su memoria, con su infancia», comparte Ferran, emocionado. «No podemos olvidar que, en la relación con la tierra, lo emocional es clave», añade Alba, también con una voz apasionada. «No hace mucho participamos en un encuentro donde la nieta de una mujer a la que ahora le llevamos la tierra había recogido en un escrito lo que para su abuela significa esta relación, y lo escribió en catalán, tal como se lo contó la abuela, aunque ella nació en Aragón y no lo habla: «Un bancal no és només agricultura i alimentació, en els bancals s'ha follat, s'ha cagat, t'has barallat... en definitiva, s'hi ha viscut». Antes, todo sucedía en los bancales, incluso muchas bodas.

La comercialización del aceite que produce Malaerba también es parte del relato de rescate y recuperación de tierras. En muchos casos, se encargan de la venta directa en mercadillos, pero también se vende en algunas tiendas o se sirve en algunos restaurantes. «Quienes lo venden o lo usan son, de alguna manera, portavoces de la recuperación de fincas y árboles que hay detrás. El nombre del proyecto y del aceite, Malaerba, también forma parte de la explicación, de un proceso que pretende hacer de algo que se considera sin valor, como los eriales, algo que tiene valor, que es positivo», aclara Ferran.

El oligopolio de la algarroba

Ahora que está en alza el precio de la algarroba, Malaerba expone que los beneficios y el control de esta producción están en manos de los únicos dos molinos existentes especializados en este fruto, que no recogen la cosecha de pequeñas producciones. La mayoría de transformados que podrían hacerse con este producto pasa por trabajar con la harina, así que se encuentran en un callejón sin salida. En el caso de Malaerba, están investigando en diferentes transformados con la algarroba entera o troceada y, junto con otros colectivos de la zona, también están planteando un proyecto para disponer de un molino cooperativo.

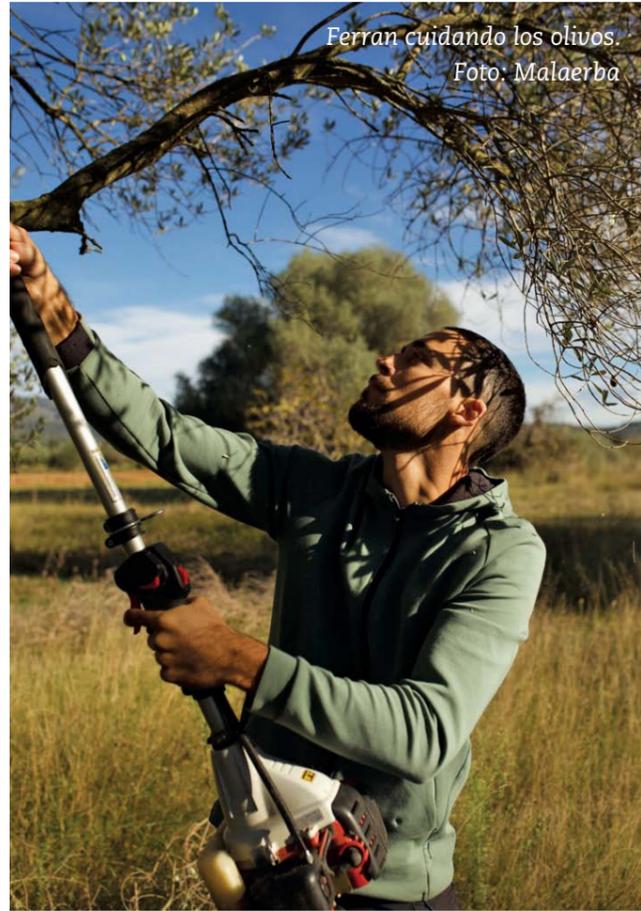
Diversidad frente a uniformidad

Con el mal tiempo de la primavera y el verano pasados, hay una pregunta inevitable: ¿Cómo os ha ido? Ferran confirma lo que nos temíamos. Aunque no han sufrido sequía, también en esa zona ha sido un año muy malo para la mayoría de los cultivos por los cambios bruscos de temperatura. «Por suerte, el manejo agroecológico de nuestros olivos no tiene muchos gastos porque no labramos la tierra y, por tanto, gastamos poco combustible. Tampoco echamos pesticidas químicos, que han triplicado los precios. Fertilizamos la tierra con restos de poda, estiércol de caballos o mulas de fincas próximas y con los 'paseos' planificados de un rebaño de ovejas y cabras de una de las dos pastoras del pueblo». Alba explica que su manejo se corresponde con lo que ahora se conoce como agricultura regenerativa, centrada en mejorar la salud y fertilidad de la tierra. «En realidad, tampoco es tan diferente de la que practicaban los abuelos —els llauradors—, que labraban de forma suave con animales de tiro, nada que ver con la agresión que empezó a sufrir la tierra con las labranzas profundas que se practicaron al introducirse en el campo, a partir de los años cincuenta, la gran maquinaria movida con combustibles fósiles».

La tierra tiene unos límites, la tierra es el centro de nuestro proyecto.

Aun así, con menos gastos que la agricultura convencional, cosechar un 10-20 % menos que en años anteriores, como se prevé, pone en riesgo la viabilidad económica del proyecto. Alba y Ferran son realistas y saben lo que hay. «No hay que engañarse —explica Alba— sabiendo que llegaríamos a esta situación hemos tenido que diversificar con trabajos al margen de la agricultura. Esta fragilidad nos reafirma en la importancia de romper con la dependencia de un único cultivo. Es una buena enseñanza. Este año lo estamos viendo con el buen precio de las algarrobas. Igual que invertimos mucha energía para poner en marcha el proceso de producir y comercializar nuestro propio aceite, nos queda claro que ahora hemos de poner energía en explorar las posibilidades de la algarroba y sus productos transformados». Ferran destaca la visión que tuvo su abuelo al respetar los algarrobos, a los que tenía un gran cariño. «Gracias a eso ahora tenemos árboles centenarios muy productivos y muy resistentes».

Pasar de 0,15 a más de 2 euros, como se pagó el año pasado la algarroba, es un estímulo muy seductor para cambiar de cultivo, pero dicen que esa tentación no va con ellas. Ferran y Alba tienen claro que la respuesta no es saltar de un monocultivo a otro, sino apostar por la diversificación y la motivación de alimentar a la población. Además, nos cuentan que lo que ha elevado el precio de la algarroba no es su uso para el ganado, que es muy residual, o para la producción de harina o sustitutos del cacao, que sería muy interesante; lo que ha elevado su precio es el uso de la semilla, el garrofin, pues tiene propiedades especiales muy apreciadas por la industria alimentaria de procesados. «De hecho —complementa Ferran—, las nuevas variedades que se introducen de algarroba son las que dan mejor garrofin. Pero cuando estos árboles, de aquí a 7 o 10 años, produzcan, ¿aún estará de moda la algarroba? ¿El garrofin aún tendrá el valor que tiene ahora?



Ferran cuidando los olivos.
Foto: Malaerba

acabar con nuestro trabajo, ¡en nombre del desarrollo sostenible!». Y lanza una maldición: «Ojalá que el colapso llegue a estos proyectos y no se puedan llevar adelante».

¿Cual debería ser el verdadero papel de las administraciones en estas disputas? Alba, que también es enfermera, hace un paralelismo: «Si una persona sin recursos económicos se ve necesitada y alguien paga por su riñón, esta persona lo vendería porque tiene que comer. Pero hay una regulación que lo prohíbe, porque es algo que va en contra de la vida misma. Pues lo mismo debería plantearse con estas infraestructuras, que también atacan a lo que nos permite vivir, la naturaleza, aunque pueda resultar una solución provisional para algunas personas. Este es el conflicto social que tenemos aquí».

Por eso, Malaerba no solo es un proyecto para recuperar la tierra. Es también una opción para que quienes la tienen en propiedad no tengan que escoger entre molinos o nada. Malaerba, en definitiva, forma parte de un tejido de personas jóvenes de la comarca que construyen alternativas a esta falsa dicotomía. Por ejemplo, en Benlloc se ubica también La Niuada, un proyecto de impulso a iniciativas rurales de economía social y solidaria. Muy cerca, en la Vall d'Alba, encontramos Connecta Natura, la asociación que recupera variedades tradicionales de todo tipo de frutales para que vuelvan a ser los protagonistas de estos paisajes: manzanos, higueras, granados... Y, por supuesto, muchas personas jóvenes que han vuelto a sus pueblos y que están decididas a quedarse en ellos.

Precisamente desde esta vertiente de construcción de alternativas, Malaerba no solo está enfocado a la agricultura, «también sentimos que hacemos agitación social, participando en espacios culturales, por ejemplo, o en el SPG de Castelló. Necesitamos sentirnos conectados con los otros proyectos del territorio, con otras redes y colectivos, y formar parte del discurso de la soberanía alimentaria».

En la casa del abuelo se sienten bien. «Tenemos internet porque queremos formar parte de la contemporaneidad, somos jóvenes, pero también podemos escuchar el silencio y cada noche disfrutar de las estrellas... Aunque alcanzar esta calidad de vida basada en la sencillez —se ríen— nos da mucho trabajo».

Gustavo Duch

Revista SABC

¿Tenemos que ir detrás de las modas y los booms o marcar nuestro propio camino?». El posicionamiento de Malaerba parece claro y no se trata de arrancar algarrobos para poner almendros, arrancar almendros para poner olivos o arrancar olivos para volver a poner algarrobos. Lo resume muy bien Alba: «La tierra tiene unos límites, la tierra es el centro de nuestro proyecto».

Olivos o molinos

Estos territorios del interior de Castelló, y en particular también dos de las fincas ecológicas que gestiona Malaerba, están amenazados por proyectos de macroparques solares y líneas de muy alta tensión: «Una energía que no necesitamos y que es pura especulación, que se aprovecha del poco valor que le damos a la agricultura y de que muchas personas son mayores», dice Ferran, desde la cabeza. Alba, desde el corazón, admite que cuando supo de estos proyectos, durante un tiempo sufrió ecoansiedad. «Nosotras, que precisamente hacemos este tipo de agricultura para revertir la contaminación que ahoga el planeta, tenemos que ver cómo quieren echarnos de aquí y

PALABRA DE CAMPO

Amal El Mohammadiane Tarbift

La construcción del imaginario colectivo de la mujer andaluza

De La chiquita piconera a las jornaleras de Huelva



RESEÑA DEL LIBRO

LAS SIN TIERRA: ROMPIENDO EL MITO DE LA MUSA ANDALUZA DE SOLEDAD CASTILLERO (ALMUZARA, 2022)

¿Qué tienen en común figuras como Malvaloca, *La Venus andaluza* y *La chiquita piconera* con las jornaleras de los tajos onubenses? Han sido y son mujeres andaluzas infra-representadas, a quienes se les ha eliminado la capacidad de narrarse a sí mismas y, sobre todo, se les han atribuido mitos vaciados de contenido y de contexto que las han situado en una historia mitificada e inferiorizada.

Una de las obras más representativas de la pintura española es precisamente *La chiquita piconera*, obra cumbre del famoso pintor Julio Romero de Torres, donde podemos ver a María Teresa, joven de 14 años, posando con un hombro desnudo y con unas piernas que no parecen pertenecer a su

cuerpo. La musa de este pintor pasó desapercibida a pesar de ser una obra que viajó por museos de todo el mundo. Tuvo una vida desgraciada y fue repudiada y desahuciada porque posar para esa pintura «le amargó la vida, la convirtió en un infierno».

Soledad Castellero, en *Las sin tierra: rompiendo el mito de la musa andaluza*, nos descubre quiénes están detrás de estas obras, en unas imágenes que permanecen en el recuerdo colectivo. Unos clichés y unos estereotipos basados en la exhibición sensual del cuerpo de la mujer andaluza, exotizada, entaconada, hipersexualizada, folclorizada, exuberante, carente de cultura, interesada en conquistar hombres. En el cine, cómo no, a las actrices que hacían de andaluzas sin serlo se les

Esa representación exagerada ha tenido consecuencias en el ámbito público y político.

obligaba a forzar el acento y se les otorgaba una gestualidad típica. Este relato se ha repetido en el cine, en la literatura, en las estampas de los fotógrafos viajeros románticos, etc. Y la antropóloga cordobesa se pregunta por qué aún hoy seguimos manteniendo esos clichés y estereotipos cuando interactuamos con una mujer andaluza. ¿No somos capaces de reconocer los relatos de mujeres con capacidad de agencia?

Soledad, además de intentar romper con los mitos y la simbología impuestos, trenza un mapa femenino cargado de significado político, situando a colectivos y proyectos feministas en el eje y desmitificando la historia femenina. Indaga en las historias silenciadas de aquellas mujeres que fueron exotizadas y elevadas a través del arte y reivindica las figuras andaluzas que han hecho historia en ámbitos como el feminismo, los medios de comunicación, los sindicalismos, las luchas obreras y el apoyo mutuo.

Con este ensayo, Soledad nos invita a cuestionarnos por qué seguimos perpetuando estereotipos asociados a la mujer andaluza. Cómo en el imaginario colectivo se han construido atribuciones a lo largo de la historia —a través del cine, de la música, de la pintura, de la literatura...— desde lo foráneo. Cómo esa representación exagerada ha tenido consecuencias en el ámbito público y político, donde ha habido una invisibilización de las luchas esenciales que sostienen la vida y cómo, por ejemplo, las trabajadoras del sector del fruto rojo continúan pasando desapercibidas.

La infrarrepresentación de las mujeres en la agricultura andaluza «se debe a la feminización de ciertas tareas que se intentan naturalizar bajo razones biológicas, cuando realmente son construcciones sociales, y eso continúa debido a la distancia social que como consumidoras tenemos con quienes posibilitan nuestros alimentos». A partir de esta sentencia, la antropóloga elabora de forma cuidadosa todo un estudio etnográfico colaborativo con las mujeres jornaleras de los frutos rojos, relatando y recogiendo testimonios

de sus trabajos en las fincas. Nos acerca a ellas, nos invita a escucharlas, a leer las vidas cotidianas de las temporeras en los tajos, a ponerles nombres, a descubrir su origen. Nos aproxima a conocer la temporalidad del cultivo, su dependencia del clima, las condiciones salariales y laborales, y, sobre todo, nos hace darnos cuenta de cómo hemos perdido ese reconocimiento y ese estatus que requiere la agricultura.

«Exportar alimentos, importar cuerpos», uno de los capítulos del ensayo, consigue interpelarnos sobre la perversidad de la agroindustria fresera en Huelva. En él podemos leer testimonios de cómo las mujeres ocupan el eslabón más bajo de la cadena de producción, especialmente en el caso de las temporeras migradas. Esta es la realidad de miles de mujeres en el modelo de la agricultura intensiva, cuyo fin no es alimentar a su población, sino ser rentable para competir en los mercados internacionales. «Más que un mito, son mujeres que sostienen el alimento de varios países a la vez. Andalucía está a la vanguardia del suministro de fruta y verdura fresca, pero solo se ve una parte de ese escenario, que sería la imagen de una Andalucía rural, feliz, de campos fértiles y verdes donde se come muy bien y sus mujeres son hermosas. Lo que hay tras el escenario no se quiere ver porque no es estático, sino que está vivo, e interpretar la vida, lo que acontece, no es tan sencillo como confiar en el mito uno y unívoco», escribe Soledad.

No es casual que en el imaginario colectivo se tenga esta idea de la mujer andaluza, al igual que no es casual que no se nombren figuras imprescindibles y luchas capaces de movilizar y articular estrategias políticas que acaben con la explotación de cuerpos, de campos. Soledad rescata, nos enumera y contextualiza relatos transgresores, profesionales, vanguardistas, de mujeres que no solo han hecho historia, sino que siguen sosteniendo la vida y poniendo el cuerpo y la voz, acentuando la Andalucía no servil, la que lucha, y donde sus mujeres no son meros clichés y ausencias de cara al exterior. Necesitamos relatos que nos revisen y agiten como los que tenemos con *Las sin tierra: rompiendo el mito de la musa andaluza* para, a través de la memoria, construir un futuro feminista andaluz, donde lo rural tenga el protagonismo que merece. ●

Amal El Mohammadiane Tarbift
Periodista

LA FUENTE *Un lugar de encuentro para pobladoras*

Presentación de las organizaciones que conforman esta revista



Lantxurda Taldea

Lantxurda Taldea somos un pequeño colectivo integrado por personas productoras, consumidoras y trabajadoras del ámbito de la agroecología de la zona de Tafalla (Tafallaldea). Trabajamos desde hace más de doce años en aspectos muy diversos del desarrollo rural y la producción agroecológica, por el impulso de los circuitos cortos de comercialización y el consumo de productos de cercanía, objetivos todos ellos enmarcados en la soberanía alimentaria.

Nuestro objetivo prioritario es sensibilizar a la población de la necesidad de un cambio radical del actual sistema agroalimentario, trabajando prioritariamente desde lo local para construir alternativas a la crisis multisistémica en la que nos encontramos. Para ello organizamos anualmente nuestras «Jornadas de Soberanía Alimentaria», además de charlas, conferencias puntuales, colaboraciones en talleres sobre aspectos relacionados, etc.

Por las salas del Centro Cultural de Tafalla-Kurturgune, en las diferentes iniciativas y jornadas que hemos desarrollado en ellas, han ido pasando cerca de cuarenta personas colaboradoras (productoras, técnicos, sindicalistas, periodistas, escritores, activistas...) que nos han aportado sus valiosas experiencias.

Un aspecto importante del que nos sentimos orgullosos es la estrecha colaboración que ha surgido durante estos años de andadura con diferentes colectivos y asociaciones del ámbito de la soberanía alimentaria en Navarra, en el estado y a nivel internacional.



Asociación Entrepueblos

La soberanía alimentaria es, para la asociación Entrepueblos, el derecho de las comunidades a alimentarse a partir de sus propios recursos, produciendo de manera autónoma y de acuerdo con su propia cultura.

En Centroamérica y países andinos, trabajamos en la defensa del territorio y los bienes comunes frente al extractivismo y las crisis globales. Y lo hacemos a

través de la cooperación internacional, participando mano a mano en redes locales de incidencia social y política para fortalecer las comunidades, contribuyendo de forma simultánea a generar un discurso crítico en alianza con organizaciones clave de nuestro país y de la esfera internacional.

También, como parte de nuestros proyectos de educación para el desarrollo, en Entrepueblos diseñamos publicaciones, campañas audiovisuales y exposiciones que acercamos a institutos y centros socioeducativos de todo el estado. Mujeres y jóvenes son los principales protagonistas de nuestras acciones para que la tierra y su producto pertenezcan a quienes la trabajan, de una manera eficaz, justa y organizada. Ellas juegan un papel clave en la producción de los alimentos en todo el mundo, habitan la tierra y cuidan a la comunidad. Entrepueblos fue una de las primeras entidades en apoyarlas y acompañarlas para que ocupen de forma efectiva un poder que les pertenece. También las personas más jóvenes y adolescentes deben encontrar un presente y un futuro digno en su territorio sin necesidad de desplazarse y abandonarlo. La soberanía alimentaria: un derecho para las comunidades, un alimento para el mundo.

PALABRA DE CAMPO

En tiempos de colapso: enredos y redes, encuentros y sobremesas

Del 22 al 28 del pasado agosto, en Covaleda (Soria) y entre pinares, se gestó Sobremesa: un encuentro para hacer confluír a personas de movimientos, colectivos o proyectos enmarcados en la búsqueda de una justicia social y ecológica, frente a las crisis interconectadas. Un evento para compartir un poco de todo: tiempos y espacios, aprendizajes y perspectivas, malestares y desahogos, chikung matutino y ocio nocturno.

Una agenda bien rellena de cursos de formación ofrecidos por las mismas personas que asistieron al encuentro, distribuidos en seis espacios: visión estratégica, resiliencias, comunicación, resistencia civil, facilitación y crisis interconectadas. A estos cursos se sumaron los «espacios abiertos» que emergían sobre la marcha, de modo que cualquier individuo o grupo podía preparar una sesión para abordar, a veces de un modo más distendido, un tema que no estaba contemplado en el programa. El aprendizaje y la inspiración lo impregnaban todo: en mi caso, una de las conversaciones que mayor visión estratégica me aportó surgió mientras unas cuantas compas pelábamos y cortábamos 200 kg de pepinos.

A medida que pasaba la semana, también íbamos aprendiendo las dinámicas de gestión, cómo usar los tableros y a autorregularnos en la comunicación. ¡Y menos mal! La herramienta por excelencia era la *jirafa*, un signo que se realizaba con la mano, de tal manera que cuando alguien quería transmitir un comunicado que afectase a toda la comunidad, levantaba la mano y el resto debía seguir su ejemplo. En cuestión de un segundo reinaba el silencio. Usarla en los momentos adecuados requirió un gran aprendizaje colectivo. Los primeros días incluso, entre murmullos, se escuchaba hablar de jirafascismo. Es normal, éramos mucha gente y aún estábamos entendiendo los códigos:

para qué, cuándo y cómo. Que fuese una semana y no menos me parece algo muy positivo desde una perspectiva «experimental», pues dio lugar a esta evolución.

Por encima de todo, me quedo con la acogida del conflicto cuando se visibilizaron unas necesidades que no estaban siendo satisfechas. Celebro que madres y padres manifestasen su frustración porque necesitaban ayuda en el cuidado de sus peques. Celebro que se reclamase la toma de conciencia respecto a los privilegios de cada cual antes de ocupar espacios en talleres y charlas. Celebro que se expresaran las resistencias frente a la facilitación, como si fuésemos árbitros y árbitras del tiempo, cortando el paso a lo profundo. El simple hecho de dar visibilidad a todo ello (y más) significa que ese espacio se construyó de forma segura para no ignorar la incomodidad, siendo lo contrario una manera de ejercer la violencia. También, porque significa romper con las dinámicas individualistas, pues en la medida en que se comparten los malestares, es más probable encontrar soluciones colectivas para mitigarlas. Creo que es un primer paso en el camino de la *democracia profunda*, en la cual todas las voces son escuchadas y tenidas en cuenta, construyendo continuamente una cultura grupal que abraza e integra la diversidad.

Con todo, estoy agradecida tanto a quienes dedicaron su tiempo a organizarlo con tanto mimo como a quienes participaron en este rico caldo de cultivo para visionar el futuro en el que creemos. Es más, también nos permitimos jugar, entre centenares de personas diversas, a cocrearlo en el presente y eso, al menos para mí, es motor de esperanza. ●

Marina Pérez Pascual

Participante en el encuentro Sobremesa

PARA HACER POSIBLE ESTA REVISTA, TE NECESITAMOS

Para pensarla y llenarla de contenidos; para abrir debates; para conocer y conectar iniciativas, colectivos y experiencias; para darle forma y color; para ponerla en rutas y caminos hasta tus manos... En definitiva, para que evolucione y se mantenga viva, necesitamos tu apoyo.

Una forma de colaborar es mediante una suscripción anual mínima de 35 € a cambio de la revista en papel. Además, te enviaremos de regalo un número de la hemeroteca. ¡Elige cuál te apetece leer! Pero hay más formas de apoyar este proyecto:



RIEGO

Aportación puntual desde 5 €



SEMILLA

Suscripción en papel. Recibe los próximos 4 números a partir de 35 € al año
Solo envíos en el Estado español



RAÍZ

Hazte socia/o. Desde 50 € al año, recibe la revista en papel, accede a ofertas, participa en las asambleas y colabora en las decisiones del proyecto

Puedes hacer todo el proceso online a través de la web: www.soberaniaalimentaria.info/colabora/suscripcion

Para resolver cualquier duda sobre el proceso de suscripción, escríbenos a suscripciones@soberaniaalimentaria.info

¡Muchas gracias!

REGALA LA REVISTA



www.soberaniaalimentaria.info/regala



Patricia
Cornellana